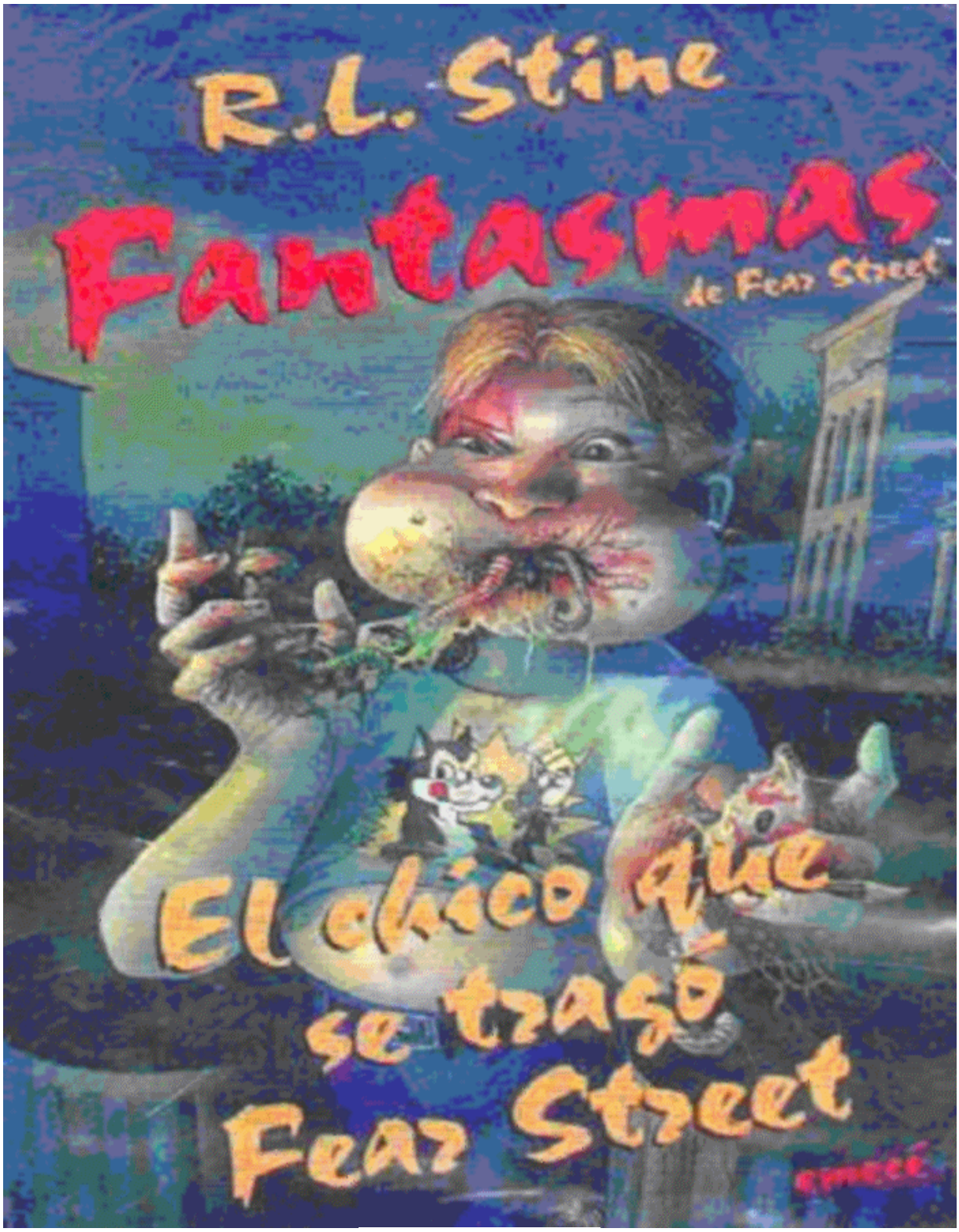
FANTASMAS DE FEAR STREET
EL CHICO QUE SE TRAGÓ FEAR STREET
R. L. STINE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Sam, tienes que venir enseguida -me dijo por teléfono Kevin, mi mejor amigo.

Por décima vez, Kevin: no iré si no me dices por qué.

-Ya te he dicho que no puedo contártelo -replicó Kevin-. Entonces ya no sería una sorpresa.

Me llamo Sam Kinny, y lo primero que deben saber de mi es que detesto las sorpresas. ¿Por qué? Pues porque no las aguanto.

Otra cosa que detesto es que la gente me pellizque las mejillas.

Mamá y papá siempre están pellizcándome las mejillas. Y también algunos de mis profesores. A lo mejor es porque tengo la cara totalmente redonda, el pelo rubio y lacio, los ojos grandes y azules, y largas pestañas. Pero lo peor de todo es que tengo unas mejillas muy sonrosadas. Todo el mundo dice que soy muy lindo. Y a continuación me pellizcan las mejillas.

Nadie pellizca nunca las mejillas de Kevin. Kevin parece un tipo duro... que es lo que yo quiero parecer.

Kevin tiene el pelo castaño y siempre revuelto. Y una pequeña cicatriz en la mejilla derecha, de cuando su hermana Lissa lo arañó accidentalmente mientras practicaban karate.

-Sam, tienes que venir -dijo Kevin-. Mamá ha empezado a preparar la cena, y está cocinando uno de tus platos favoritos.

-¿De verdad? -pregunté-. ¿Macarrones con queso? ¿Y budín de arroz, con pasas blancas y almíbar?

-Sí -replicó Kevin-. Toda comida de color blanco. Como siempre.

-¿Qué quieres decir con eso de "como siempre"? -protesté-. No siempre como alimentos blancos.

-Ah, ¿no? -repuso Kevin-. Dime una sola cosa que comas que no sea de color blanco. Vamos, dime una.

-Coca-Cola -dije-. Me encanta la Coca- cola, y la Coca-cola no es blanca, es negra tirando a marrón.

-Tú nunca bebes Coca-cola -me recordó Kevin-. Bebes Sprite. Que es prácticamente blanca.

Muy bien. ¿Qué podía decir? Kevin tenía razón. Sólo como alimentos blancos. ¿Por qué?

En seguida lo diré.

Porque me gusta.

Algunos de mis amigos consideran que es un poco raro comer sólo comida de color blanco. Pero Lissa no. Y ello se debe a que come lo mismo cada día. Manteca de maní y jalea real. Nunca come otra cosa al mediodía. Nunca.

-O sea que vendrás, ¿no? -preguntó Kevin.

-Supongo que sí -dije. Los macarrones con

queso son mi comida favorita. No iba a rechazar esa invitación de ninguna manera. Aunque eso significara ir a casa de Kevin y encontrarme con una sorpresa.

Bajé corriendo las escaleras y agarré la campera del armario del vestíbulo. A continuación fui a la cocina para decirle a mamá dónde iba.

Mamá estaba sentada a la mesa de la cocina, cosiendo el pelo rubio de una gran muñeca. Fred, mi pastor escocés, estaba sentado a sus pies. A Fred le encanta contemplar cómo fabrica mamá sus muñecas.

Mamá hace muchas muñecas. Y le salen realmente bien. Las hace de todos los tamaños: pequenas, grandes, algunas de mi misma estatura. Las vende por todo el país. A la gente le entusiasman de verdad.

-Mamá. Voy a cenar a casa de los Sullivan. Hay macarrones con queso. ¿Está bien? -Mamá sabe lo mucho que me gustan los macarrones con queso.

-Muy bien. -Mamá levantó la mirada y sonrió.

-¿La cena? -Papá entró en la cocina con un destornillador en la mano. -¿Ya es hora de cenar?

-Casi -dijo mamá-. Empezaré a preparar la cena en cuanto me aprietes el codo izquierdo.

-¡Ningún problema! -replicó papá.

Se inclinó hacia adelante y apretó el codo de la muñeca... no el de mamá. Papá es muy habilidoso. Puede arreglar cualquier cosa.

-¡Hasta luego! -dije mientras salía por la puerta de atrás.

Pensé en los macarrones con queso y corrí las cuatro cuadras que me separaban de la casa de Kevin. Cuando llegué, Kevin y Lissa practicaban karate en el césped.

-¡Ku! ¡Dar! ¡Fing! -gritaba Lissa.

-¡Kuon! ¡Fo! ¡Tu! -le replicaba Kevin también gritando.

Daban vueltas uno alrededor del otro, trazando círculos con las manos. Entonces, con un movimiento veloz, Lissa embistió contra Kevin y lo hizo volar por los aires. Kevin aterrizó sobre la espalda.

Lissa tiene once años, uno menos que Kevin y yo. Pero es un poco más fuerte que nosotros. Tiene el pelo largo y castaño, ojos grandes y marrones, y pecas en la nariz. Odia sus pecas tanto como yo odio mis mejillas sonrosadas.

-¡Vaya! ¿Dónde has aprendido esa toma? -murmuró Kevin, incorporándose y frotándose la espalda.

-Me la enseñó tía Sylvie -respondió Lissa sonriendo.

-¿Quién es tía Sylvie? -pregunté.

-Muchísimas gracias, Lissa -refunfuñó Kevin-. Ya me has echado a perder la sorpresa.

-No es culpa mía. -Lissa se apartó el largo flequillo de los ojos. -Tú eres quien me ha preguntado por esa nueva toma.

-Chicos, ¿quién es tía Sylvie? -volví a preguntar.

-Es nuestra tía abuela -explicó Kevin-. Va a quedarse unos meses con nosotros. Ella era la sorpresa.

-¿Tu tía es la sorpresa? -pregunté incrédulo-. ¿Qué clase de sorpresa es ésa?

-Oh, tía Sylvie es realmente increíble -alardeó Lissa.

-¡Nunca has conocido a nadie como ella! -añadió Kevin-. La última vez que la vimos éramos muy pequeños. ¡Así que no hemos sabido lo fabulosa que era tía Sylvie... hasta ahora!

-Vamos. -Kevin se puso de pie de un salto. -¡Tienes que conocerla! -Fue delante de nosotros hacia la casa.

-¿Qué es ese olor? -pregunté oliendo el ambiente a medida que avanzábamos hacia la cocina.

-Tía Sylvie debe de estar preparando algo especial -respondió Kevin.

Desde luego, el olor de lo que preparaba tía Sylvie podía calificarse de especial. También de pútrido.

-Ahí está -susurró Lissa mientras permanecíamos de pie en la puerta de la cocina.

Cuando vi a tía Sylvie ante la cocina, enseguida comprendí que era distinta a cualquier otra tía que hubiera conocido antes.

Quiero decir que parecía una abuela, una especie de ancianita con el pelo blanco y la piel arrugada. Pero llevaba unas calzas de un vivo color rosa, un buzo naranja fosforescente y unas zapatillas deportivas de media caña negras. Y también llevaba una gorra de béisbol azul con la visera para atrás, igual que yo llevo la mía.

Estaba delante de una olla, removiendo el interior con una larga cuchara de madera. Sobre la mesada, junto a la cocina, había montones de hierbas, especias y cosas duras y

nudosas que parecían raíces de plantas. Tomó una de las raíces y la acercó a la olla. Pero no llegó a echarla.

-¿No hay que poner raíz de lirio de Florencia? -preguntó--. ¡Oh! ¡Claro que no! ¡Tienes toda la razón! ¡La raíz de lirio de Florencia es para hacer perfumes, no para cocinar! -Tía Sylvie se golpeó la frente con la palma de la mano. -¡Qué olvidadiza soy!

Estiré el cuello y recorrí la habitación con la mirada. A excepción de tía Sylvie, no había nadie.

-¿Con quién está hablando? -pregunté.

-Oh, a tía Sylvie le gusta hablar con los muertos -respondió Kevin-. Dice que siempre dan buenos consejos.

-¿Que hace qué? -grité.

Tía Sylvie giró en redondo.

-¡Hola, chicos! ¡La cena está casi lista!

-Tía Sylvie, éste es nuestro amigo Sam -dijo Lissa a modo de presentación-. Esta noche cenará con nosotros.

Retrocedí unos pasos desde la puerta de la cocina. De ninguna manera iba a comerme lo que había en esa olla. ¡DE NINGUN.A MAN.ERA!

Kevin me agarró del brazo y me hizo avanzar.

-Vamos. Dile algo a tía Sylvie. Es genial.

-¿No preferiría hablar con mi bisabuelo? -susurré, intentando soltarme-. Está muerto. Se lo presentaré. Pero tengo que ir a casa primero, y enterarme de cómo se llamaba.

-Sam, no seas tímido. -Tía Sylvie se dirigió hacia mí. A continuación llevó sus manos lentamente hacia mi cara... y me pellizcó las mejillas. -¡Eres taaaan precioso!

Kevin y Lissa soltaron una risita.

Tía Sylvie también rió mientras me guiaba hacia la cocina. Tomó la cuchara de madera y comenzó a remover de nuevo el interior de la olla.

-¿Quieres probar un poco? -preguntó, sonriendo.

-¡NO! Quiero decir, no, gracias -respondí, retrocediendo antes de que el olor me hiciera vomitar.

Tía Sylvie me tomó de la mano.

-Vamos. Ven. ¡Prueba sólo un poquito! -me animó.

Levantó la cuchara que había dentro de la olla.

Y yo me quedé boquiabierto.

Una criatura viscosa con brazos y piernas se me quedó mirando. La observé horrorizado mientras el bicho intentaba huir de la cuchara.

-Prueba sólo un poco -repitió tía Sylvie.

Empujó la cuchara contra mis labios.

Mantuve los labios sellados. Negué con la cabeza furiosamente.

Tía Sylvie me apretó la muñeca aún más fuerte.

Me miró a los ojos intensamente.

-¡Insisto! -dijo-. Abre bien la boca... ¡AHORA!

2

-¡Noooooo! -grité todo lo fuerte que pude.

Solté el brazo que tía Sylvie me tenía agarrado y corrí en dirección al vestíbulo.

Pero Kevin y Lissa bloquearon la puerta de la cocina.

-¡Vamos, Sam! -Kevin me agarró por los hombros. -¡Contrólate! No tienes que probarlo si no quieres.

Miré hacia atrás. Tía Sylvie seguía junto a la cocina, sonriéndome.

-No pasa nada, Sam -dijo tía Sylvie-. Se me ocurrió que a lo mejor te gustaría probarlo. Es una receta muy especial que aprendí en una pequeña isla del sur del Pacífico. Calamares estofados. Un plato muy sabroso.

-A Sam no le gusta probar cosas nuevas -explicó Lissa-. Sólo le gusta la comida de color blanco.

Tía Sylvie me miró entrecerrando los ojos.

-Debes comer otras cosas -dijo.

-No, no -admití-. Sólo como eso.

-No lo entiendes, Sam. -Su sonrisa se volvió gélida. -No era una pregunta... debes comer otras cosas.

Tía Sylvie me dio la espalda y removió el interior de la olla.

-Vamos. -Kevin me empujó hacia el vestíbulo. -Quiero que veas una cosa que hay arriba.

Kevin y Lissa consideraban que su tía era genial. A mí me ponía los pelos de punta.

-¿Qué quieres que vea? -pregunté mientras subíamos las escaleras.

-La habitación de tía Sylvie -contestó Kevin-. Está llena de las cosas más increíbles que has visto nunca.

Entramos en la habitación de tía Sylvie. Apenas unos días antes había sido un dormitorio normal, con cuadros en las paredes, una gran cama con cabecera de roble y una vistosa alfombra en el suelo.

Ahora todo había desaparecido. Incluso la cama.

-¿Dónde duerme? -pregunté.

Kevin me señaló un jergón de paja que había en el suelo.

-A tía Sylvie no le gustan los objetos. Dice que si te rodeas de demasiadas cosas, a los espíritus les cuesta mucho encontrarte.

En ese mismísimo momento tomé la decisión de llenar mi habitación de todas las porquerías que encontrara.

-Mira esto. -Kevin me llamó desde la otra punta del dormitorio. Señaló una máscara de madera que colgaba de la pared. La boca estaba retorcida en una horrible mueca burlona.

-Un poco tétrico -dije, apartando la vista de las oscuras cuencas de aquellos ojos. Parecían mirarme fijo.

-No es tétrico -dijo Lissa-. Es una máscara de hechicero de una antigua tribu de las montañas. Tía Sylvie dice que si estás enfermo y te la pones, expulsa los gérmenes de tu cuerpo.

-¿De verdad cree tía Sylvie que funciona? -pregunté, dándole la espalda a la máscara.

-No está del todo segura -replicó Kevin-. Pero dice que es importante ser abierto de mente.

-Sí -acotó Lissa-. Dice que incluso lo imposible es posible... sea lo que sea lo que signifique.

Recorrí la habitación. Clavado en la pared, sobre el jergón de paja, vi un atajasueños indio. El verano pasado hice uno en el campamento. Es un gran aro de madera en cuyo interior hay una especie de telaraña hecha de cuerda. Se supone que no deja pasar los malos sueños y sí los buenos.

-¡Sam, mira esto! -Lissa me puso un espejo de plata delante de la cara. En cuanto divisé mi reflejo en él, Lissa lo agitó.

Me quedé boquiabierto.

¡Una docena de ojos negros me estaban mirando!

-Los ojos están labrados en la madera -explicó Lissa-. Casi parecen reales, ¿verdad?

A mí me parecían totalmente reales, pero asentí con la cabeza.

Recorrí un poco más la habitación, estudiando la colección de objetos de tía Sylvie. Sobre el aparador había un frasco de crema facial y docenas y docenas de cristales. De color rosa, púrpura, verde, rojo... todos brillaban a la luz de la lámpara del cuarto.

Me encaminé al otro lado de la habitación, donde divisé un acuario.

Escruté el interior.

Estaba vacío.

-¡Chicos, la cena está lista! -la señora Sullivan nos llamó desde el piso de abajo. -¡Vamos! -dijo Lissa-. Tengo un hambre de muerte.

Lissa y Kevin salieron a toda prisa del cuarto, apagando la lámpara por el camino.

-Muy bien, chicos, gracias -dije, de pie en medio de una oscuridad total.

Caminé hacia la puerta... y tropecé con el jergón de paja.

"Oh, no. Estoy de pie sobre la cama de tía Sylvie. Con los zapatos puestos. Esto no va a gustarle."

-¡Sam! ¡Date prisa! -Kevin me llamaba desde abajo-. Tenemos mucha hambre.

-Muy bien, Kevin -refunfuñé-. Ningún problema.

Pasé por el jergón en puntas de pie.

Y entonces lo sentí.

Algo que me subía por la pierna.

Cada vez más arriba.

Me puse a correr sobre el jergón de paja.

Aparecí en el pasillo iluminado.

Me miré la pierna... y grité de terror.

-¡Una serpieeeeente!'

3

-¡Una serpiente! ¡Es una serpiente! -grité-. ¡Ayúdenme!

Toda la familia Sullivan subió corriendo las escaleras.

-¡Quítenmela de encima! -chillé.

Agité la pierna tanto como pude. Pero la serpiente se había enrollado. Cada vez más fuerte.

-Mi pierna... ¡ya no la siento! -grité-. ¡Quítenmela de encima!

-Oh, querida -murmuró tía Sylvie. Ahora no llevaba la gorra de béisbol, y de la nuca le asomaban dos plumas largas y rosadas. Meneó la cabeza y las plumas se agitaron.

-Shirley, ¿cómo has conseguido escaparte? -Tía Sylvie movió el dedo ante la serpiente en un gesto de reprimenda. A continuación se inclinó hacia adelante y la desenrolló de mi pierna. -Y ahora al terrario otra vez -dijo, besando la cabeza de la serpiente.

-¿No te parece una mascota genial? -exclamó Kevin.

-Oh, sí, realmente genial -dije con la esperanza de que la voz no me temblara demasiado.

-Creo que Shirley ha asustado a Sam. -La señora Sullivan me rodeó los hombros con el brazo. -Nos aseguraremos de que Shirley no vuelva a escaparse. Y ahora... todos a cenar.

Me pregunté si Shirley sería venenosa, pero decidí que mejor sería no averiguarlo.

Todos nos sentamos a la mesa.

-Ven, siéntate junto a mí, Sam. -Tía Sylvie dio unos golpecitos a la silla que había a su lado. -Lamento que Shirley te asustara.

-No me ha asustado -mentí-. Sólo me sorprendió, eso es todo.

-¿Te ha gustado mi pequeña colección? -preguntó--. Estoy especialmente orgullosa de los cristales. Mucha gente cree que tienen poderes curativos. Pero a mí me gustan sobre todo por sus bonitos colores.

-Tía Sylvie conoce todo lo que tiene poderes curativos -explicó Lissa.

-Y sabe todo lo del mundo de los espíritus -añadió Kevin-. Viaja por todos los países y colecciona historias sobre antiguos espíritus y hechizos mágicos.

Comprendí por qué Kevin y Lissa consideraban que tía Sylvie era genial. Supongo que era fantástico tener una tía que supiera tantas cosas raras. Pero a mí me seguía poniendo los pelos de punta.

-Y mañana empiezo mis nuevos estudios... en Shadyside. Es tan emocionante... me muero de ganas. -Tía Sylvie juntó las manos dando una palmada.

-¿Qué va a estudiar en Shadyside? -pregunté.

-Fear Street. -Los ojos de tía Sylvie se iluminaron. -He leído tantas historias sobre esa calle. Los fantasmas del bosque de Fear Street. Las casas de los árboles encantados. Una cueva misteriosa donde viven los hombres de sombra.

"La verdad es que jamás he visto un fantasma -prosiguió tía Sylvie-, pero he oído que en Shadyside muchas personas tienen uno. ¡Sería tan emocionante conocer alguno!

-Espero que no sufras una decepción -dijo el señor Sullivan con una risita-. Nosotros vivimos aquí... y nunca hemos visto un fantasma. Y Sam vive en Fear Street.

-¿De verdad, Sam? -Tía Sylvie se volvió hacia mí. -¿Vives en Fear Street?

Asentí.

-¿Y bien? -Tía Sylvie me miraba fijo.

-¿Y bien, qué? -dije, incómodo ante su pregunta.

-¿Alguna vez has visto un fantasma? -insistió.

-Mmm, no -repliqué-. Todo el mundo dice que te pasan cosas raras si vives en Fear Street. Pero yo he vivido toda mi vida en esa calle y nunca me ha pasado nada raro.

-Tienes razón, Sam -dijo la señora Sullivan-. Me temo que son sólo historias. Historias ridículas.

-¡Tengo un hambre de muerte! -exclamó Lissa-. ¡Vamos a comer!

La señora Sullivan quitó la tapa de una gran fuente humeante de calamares estofados.

-Yo... no tengo mucha hambre -dije, alejando la silla de la mesa-. ¿Me disculpan?

-¡Desde luego que tienes hambre! -exclamó tía Sylvie-. No te preocupes, querido. Esto no es para ti. Aquí está tu cena.

Tía Sylvie comenzó a quitar la tapa de una fuente que había delante de ella.

Contuve el aliento.

No quería mirar.

-Macarrones con queso -anunció Kevin en cuanto la fuente estuvo destapada-. Mira... ¡ya te dije que mamá los había preparado para ti!

-Le advertimos a tía Sylvie que probablemente no comerlas de su estofado -dijo Lissa-. Le explicamos que eres un poco mañoso.

Mientras me comía los macarrones con queso, sentía los ojos de tía Sylvie clavados en mí.

-A veces resulta inteligente ser un poco mañoso -dijo con aire ausente.

-¿Qué quieres decir, tía Sylvie? -preguntó Lissa.

-Una vez leí un cuento popular de Medio Oriente que trataba de un niño que comía lo mismo para desayunar, almorzar y cenar: arroz blanco y remolacha. Eso era todo lo que comía.

"Un día, él y otros dos chicos de su pueblo fueron a dar un paseo por el bosque, y allí descubrieron un arbusto con unas bayas de lo más extraño. Las hojas eran rojas. Y de cada hoja colgaba una diminuta baya negra. Más pequeña que una arveja.

"Sus amigos rápidamente engulleron un puñado de bayas. Nunca habían probado nada tan dulce ni tan delicioso. Comieron y comieron hasta no dejar ni una.

. "Más tarde, al llegar a su casa... se comieron todo lo que había en la cocina. Día tras día recorrían el pueblo buscando comida. Engordaban y engordaban, pero no podían dejar de comer.

"El mañoso no podía creer lo que les estaba pasando a sus amigos. Los miraba aterrado mientras ellos devoraban hasta la última miga del pueblo.

'Sus amigos engordaron tanto que la piel no pudo soportar la tensión. Ya no podía estirarse ni un milímetro más. Pero eso no les impidió seguir comiendo. Se fueron al pueblo de al lado y devoraron todo lo que encontraron. Y entonces ocurrió.

-¿Qué ocurrió? -Las cejas de Lissa se levantaron.

-Que los pobres chicos explotaron. -Tía Sylvie asintió con una expresión de sabelotodo. -Sus entrañas se esparcieron por todas partes.

Un macarrón se me atascó en la garganta y empecé a asfixiarme. La señora Sullivan me dio unos golpecitos en la espalda.

-¡Qué historia tan terrible! -exclamó.

-Sí, eso pensé yo también -concedió tía Sylvie-. Bueno, ¿quién quiere postre? Apuesto a que quieres postre, ¿verdad, Sam?

-¡No! Quiero decir, no, gracias -repliqué-. Estoy repleto.

-¡Tonterías! -dijo tía Sylvie-. Lo he hecho especialmente para ti. Budín de arroz. ¡Tu favorito!

Tía Sylvie me puso una cucharada de budín de arroz en un bol y me lo colocó delante. Entonces se quedó mirándome, esperando a que lo probara.

Tomé un poquito y lo probé. Era delicioso. El mejor budín de arroz que había probado.

-¡Es riquísimo! -dije, llenándome la boca.

Tomé otra cucharada, esta vez con pasas.

Mastiqué las pasas... y grité de horror.

Sentí cómo se me ponía la cara roja.

La lengua comenzó a arderme.

¡Toda la boca me quemaba!

4

-¡Socorro! -grité, poniéndome de pie de un salto-. ¡Toda la boca me quema!

La señora Sullivan me dio un vaso de leche. La bebí de un trago. Enseguida alargué el brazo y agarré el vaso de leche de Lissa. También me lo bebí de un trago.

El ardor me pasó a los labios y bajó por la garganta. Hasta el pecho me ardía, y mi lengua comenzaba a hincharse.

Me bebí de un trago todos los vasos de leche que había en la mesa. A continuación agarré la jarra de leche y también me la bebí en un abrir y cerrar de ojos.

-¿Te encuentras bien, querido? -preguntó tía Sylvie, dándome unos golpecitos en la espalda.

-¿Qué... ha... puesto... en... mi... budín? - balbucí, y con un movimiento brusco me alejé de ella.

-Tía Sylvie no ha puesto nada en tu budín -dijo Lissa-. Lo más seguro es que te hayas atragantado.

Los Sullivan y Kevin asintieron con la cabeza, pero tía Sylvie se dio unos golpecitos en la frente con el índice.

-Mmmmm, déjame pensar. Déjame pensar -repetía una y otra vez.

Mientras tía Sylvie intentaba recordar, con la cuchara hurgué en la capa superior del budín.

Encontré arroz. Encontré budín.

Nada más.

Hurgué un poco más.

¡Ajá! En el fondo del bol encontré lo que buscaba. Unos granitos pequeños y oscuros. Tan pequeños que al principio pensé que se trataba de canela en polvo.

-¿Qué es esto? -le pregunté a tía Sylvie, señalando mi bol con un dedo tembloroso.

-¡El tío Henry! -exclamó tía Sylvie.

-¿Qué?

-¡Ahora lo recuerdo! Mientras estaba preparando el budín, vino el tío Henry a charlar un rato -comenzó a explicar tía Sylvie-. Y me sugirió que utilizara esa nueva especia que acabo de traer de Oriente.

Tía Sylvie nos enseñó un frasco lleno de granitos negros.

-Lo pasé muy bien charlando con tío Henry. -Suspiró. -Hemos hablado tan poco desde que se murió.

-Tía Sylvie -la reprendió la señora Sullivan-, vas a asustar a los niños.

-¡Bah, tonterías! -dijo tía Sylvie con una risita-. iLos niños ya saben que soy una criatura muy extraña!

Todos rieron. Todos menos yo.

-Lamento que la especia te quemara la lengua. -Tía Sylvie se volvió hacia mí. -Sabía que era un poco fuerte, pero no imaginaba que picara tanto.

-Quizás estaba pasada -murmuré.

Tía Sylvie tomó mi bol de budín. Se lo llevó a la nariz y lo olió.

-Huele bien, pero apuesto a que tienes razón. Probablemente se ha echado a perder. Voy a tirar el frasco... ahora mismo.

-¿No va a probarla primero? -pregunté-. Quizá no está pasada. Quizá sólo era demasiado picante para mí.

-¿Probarla? -Tía Sylvie me miró boquiabierta. -¡Oh, no! No voy a probarla.

5

-¿Qué? -grité-. ¿por qué no va a probarla? -Me puse de pie de un salto.

Tía Sylvie no contestó.

Fue hacia la pileta y vació el frasco de granitos negros por el desagüe.

-¿Por qué no la ha probado? -pregunté.

-Oh, estos granitos son demasiado picantes para mí. -Tía Sylvie sonrió. -No me gusta la comida demasiado fuerte de sabor. Y ahora, ¿quién quiere un poco de helado de vainilla? Apuesto a que te gustaría, Sam. ¿A que sí?

Todos comieron helado menos yo. Aquellas partículas negras del helado probablemente no eran más que vainilla ... pero no iba a arriesgarme.

Después de cenar, Kevin, Lissa y yo jugamos al videojuego LaserBIast de Kevin. Generalmente gano yo... aunque no aquella noche. Tenía el estómago revuelto y me sentía raro. Un extraño calor me recorría todo el cuerpo.

-Nos veremos mañana -les dije a Kevin y Lissa cuando llegó la hora de irme.

-¡Espléndido! -Kevin me acompañó a la puerta principal. -¡Tía Sylvie tiene más cosas fascinantes que debes ver!

-¡Y a lo mejor nos dejará jugar con Shirley! -dijo Lissa desde su cuarto.

No tenía el menor interés en ver las demás posesiones de tía Sylvie... ni en jugar con Shirley. Y también estaba seguro de no querer volver a probar ninguno de sus platos.

Cuando llegué a casa seguía teniendo el estómago revuelto, de modo que me fui directo a la cama. Me acurruqué bajo la manta, me tapé hasta el mentón y me quedé dormido al instante.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me desperté. Pero todas las luces estaban apagadas, y papá y mamá en la cama.

Recorrí el pasillo a oscuras, bajé las escaleras y fui a la cocina. Tenía el estómago mucho mejor. Y ahora estaba hambriento. Sabía lo que quería: mi comida favorita: mayonesa con pan blanco.

La Luna llena brillaba en el cielo. Iluminaba la cocina con una luz tenue. "Mejor será que no encienda la luz", pensé mientras buscaba el pan por la mesada. "No quiero que papá y mamá se despierten."

Tras encontrar el pan busqué en el armario el nuevo frasco de mayonesa: había terminado lo que quedaba del anterior en el desayuno. Yo comía mucha mayonesa, más o menos un frasco a la semana. No podía evitarlo. ¡Me encantaba!

Ahogué un bostezo, y a continuación, medio dormido, me preparé un sándwich. Cuando terminé, le pegué un mordisco grande de verdad.

Delicioso.

Sólo pan blanco, sin ninguna de las especias que se había traído tía Sylvie de sus viajes por el mundo.

Di otro bocado. Y otro. Y otro.

Necesitaba beber algo.

Abrí la heladera y tomé una botella de Sprite. La luz de la heladera iluminó la mesada de la cocina.

Mi sándwich a medio comer.

Me quedé mirando el sándwich.

Algo andaba mal. Muy mal.

Me froté los ojos y enfoqué. Y volví a mirar, esta vez con más fijeza. Aún había algo que andaba mal.

Acerqué la cara a la mesada de la cocina.

Entrecerré los ojos a muy poca distancia del sándwich. Y grité.

6

¡Eran esponjas, no pan!

Me había preparado un sándwich con dos esponjas verdes y enmohecidas. Y me las había comido. Y eran sabrosas.

¿Cómo era posible que me hubiera preparado un sándwich de esponjas? ¿Cómo podía habérmelo comido? ¿cómo?

La habitación comenzó a dar vueltas. Me agarré a la mesada de la cocina para no caerme.

Entonces vi un líquido amarillo que rezumaba de mi sándwich de esponjas.

"Oh, no", me lamenté. "¿Entonces con qué he untado las esponjas?"

No quería mirar, pero tenía que hacerlo. Levanté la esponja de arriba. Me temblaba la mano.

El líquido amarillo rezumaba de las esponjas y goteaba por todo el mármol. Se me encogió el estómago.

Mojé el dedo en el líquido. Lo olí.

Olía a limón. La textura era jabonosa.

Detergente al limón.

"Acabo de comerme un sándwich de esponjas y detergente. Y me ha gustado. ¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo habérmelo comido?"

Tiré inmediatamente las esponjas a la basura y subí corriendo a mi cuarto. Me zambullí bajo las sábanas y me quedé mirando el cielo oscuro y sin nubes a través de la ventana.

44 ¿Cómo he podido comerme eso? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?", me pregunté una y otra vez.

Y entonces me llegó la respuesta.

Estaba sonámbulo. Eso era. Había soñado que tenía hambre, había ido sonámbulo a la cocina y me había preparado un sándwich.

La luz de la heladera me había despertado, y entonces me había dado cuenta de lo que hacía.

Esa explicación tenía sentido. Mamá dice que papá suele andar en sueños.

Me sentía mejor.

Me recliné sobre la almohada, cerré los ojos y me dormí.

-¡Sam! ¡Es hora de levantarse! -mamá me llamaba desde abajo-. ¡Es hora de desayunar!

Me puse mi remera azul marino favorita y mis jeans favoritos, los que están rotos en la rodilla. Me puse las zapatillas y bajé corriendo sin atarme los cordones. Mamá siempre me reta por eso. Dice que un día tropezaré y me partiré la cabeza. Las madres siempre dicen esas cosas a sus hijos.

Me senté a la mesa de la cocina y di un largo sorbo de leche.

-¡BUAGH!

-¿Qué pasa, Sam? -preguntó papá.

-¡La leche está agria! -me quejé-. Tiene mal gusto.

-Debe de estar vencida -dijo mamá--. Y eso que la compré ayer. La devolveré y presentaré una queja. -Hurgó en la basura buscando el envase vacío.

Sacó el envase del tacho de basura. A continuación sacó las dos esponjas verdes. Las dos esponjas verdes a medio comer.

Contuve el aliento mientras ella las estudiaba.

De ninguna manera iba a admitir que la noche anterior me había comido una esponja, aun cuando lo hubiera hecho estando dormido.

-Dime, mamá -dije para intentar desviar su atención-. ¿No ibas a comprobar la fecha de vencimiento de la leche?

Mi plan no funcionó.

Mamá seguía mirando las esponjas. -¡Mamá! ¡Me muero de hambre! ¿Qué hay para desayunar? Voy a llegar tarde a la escuela.

Eso funcionó.

Mamá devolvió las esponjas a la basura.

-¿Quieres copos de trigo? -preguntó. Se le formó una sonrisa en los labios. Sabe que es mi desayuno favorito de siempre.

Asentí con energía. Hay días en que me como dos platos de copos de trigo, uno por la mañana y otro cuando vuelvo de la escuela.

Mamá puso un bol delante de mí y otro delante de papá. A papá le gustan los copos de trigo casi tanto como a mí.

Un vapor blanco brotó de mi bol de cereales. "Copos de trigo... qué bonitos, qué blancos", pensé.

No podía esperar más. De verdad me moría de hambre.

Metí la cuchara en el bol.

Me llevé la cuchara a la boca.

Los copos de trigo se deslizaron sobre mi lengua... y se me quedó la boca abierta de horror.

-¡Papá! -chillé-. ¡No te comas los copos de trigo! ¡No!

7

Demasiado tarde.

Papá se tragó una enorme cucharada de copos de trigo.

-Papá, los copos de trigo...

-¡Están deliciosos! -me interrumpió papá-. ¿Qué problema hay, Sam? ¿Los tuyos no están buenos?

-Están rancios -tartamudeé-. Como arena mezclada con vinagre. -Me volví hacia mamá. -¿Qué les has puesto a mis copos de trigo?

-No les he puesto nada -respondió mamá-. Los he preparado como siempre. Media taza de copos de trigo y media taza de leche caliente.

-Debes de haberlos preparado de otra manera -insistí.

-No, Sam.

-Bueno, entonces alguien habrá sido -razoné-. Tienen un sabor horrible.

Fred entró en la habitación con un trotecito. Puso la cabeza en mi regazo. Lo hace cada mañana, con la esperanza de que comparta mi desayuno con él.

Mojé un dedo en los copos de trigo.

Miré atentamente mientras Fred lo chupaba.

Mamá y papá también miraban.

Fred lamió hasta la última gota, a continuación pidió más meneando la cola.

Dejé escapar un suave suspiro. -Come otra cosa -sugirió papá-. ¿Quieres un poco de pan blanco con mayonesa?

-¡NO! Quiero decir, no, gracias. Ya no tengo hambre.

Empujé la silla hacia atrás y me encaminé al living. Miré la hora en el reloj que hay sobre la chimenea. Todavía tenía tiempo antes de ir a la escuela. Podía ver un rato de dibujos animados. Fui hacia el televisor.

Lo encendí y izzzz! Una leve sacudida me recorrió la mano. Electricidad estática.

Agité la mano para detener el hormigueo. Me senté en el sofá. Fred saltó a mi regazo y se rascó las picaduras de pulga. A Fred le encanta explorar el bosque de Fear Street, aunque al parecer lo único que encuentra son pulgas.

Acaricié la cabeza de Fred y izzzz! Otra sacudida.

Le di a Fred un fuerte empujón y saltó de mi regazo. Se quedó mirándome con tristeza.

-Lo siento -me disculpé-. Sé que no ha sido culpa tuya.

Abracé fuertemente a Fred, a continuación agarré mi mochila y me fui a la escuela.

Divisé a Kevin y Lissa mientras subían la escalinata de la escuela.

-Eh, chicos. Esperen -los llamé.

Cuando llegábamos a la puerta sonó el timbre. Agarré el picaporte y ¡zzzz! Todo mi cuerpo se estremeció. Una fuerte convulsión me recorrió de pies a cabeza.

-¡Uaaau! -grité, agitando brazos y piernas-. ¡No puedo creerlo!

-¿Qué te pasa? -preguntó Lissa-. No es más que electricidad estática.

-Sí, pero es la tercera vez que me pasa la corriente esta mañana -expliqué-. Y esta vez me ha hecho daño. -Todavía sentía el hormigueo en los dedos de las manos y los pies. -¿No les parece un poco raro... que te pase la corriente tres veces en una mañana?

-¡Me parece muy corriente! -bromeó Lissa.

-Ja, ja, Lissa. Qué divertido. -Me volví hacia Kevin, pero él sólo se encogió de hombros. Supongo que tampoco le parecía nada del otro mundo.

Y quizá no lo era.

Quizá sólo era que yo estaba un poco raro. Bueno, ¿y quién no lo estaría después de haberse comido un sándwich de esponja?

-Tengo que pasar por mi casillero -le dije a Kevin. Él y yo vamos a la misma clase. -Te veo en el aula.

Tomé la libreta que tenía en el casillero y corrí a mi aula. Encontré a Kevin esperándome afuera.

-¿Por qué no has entrado? -pregunté.

-Tengo una idea -susurró-. Toca a Lucas en la nuca. A ver si te pasa la corriente.

-¿Por qué? -pregunté, perplejo-. Dijiste que eso no era nada del otro mundo.

-Yo no dije eso -me recordó-, sino Lissa. Quizá sí te pasa algo raro -prosiguió-. Lucas lleva un aparato en los dientes. A ver si con el metal te pasa la corriente.

Me senté en mi pupitre. Lucas Johnson se sienta justo delante de mí. Desde que hace tres meses empezaron las clases, le he visto mucho la nuca, pero nunca me ha dado ganas de tocársela. Y en aquel momento tampoco me daban ganas.

Miré de soslayo a Kevin. Asintió con la cabeza, incitándome.

'Simplemente rozaré la nuca de Lucas", me dije. "Y cuando Lucas se dé vuelta me disculparé. Fingiré que ha sido un accidente."

Me incliné hacia adelante.

Alargué los dedos.

Aun cuando no estaba muy seguro de lo que ocurriría, la mano comenzó a temblarme.

La acerqué.

Miré a Kevin.

-¡Date prisa! -profirió-. ¡Ahora!

Acerqué más la mano: estaba ya a pocos centímetros de la nuca de Lucas.

Entonces lo hice. Toqué la nuca de Lucas.

Lucas tuvo un espasmo.

Todo el cuerpo se le puso rígido.

Entonces comenzó a temblar, como si le hubiera caído un rayo.

Sufrió una sacudida hacia un costado y cayó. Toda la clase se quedó boquiabierta mientras él se derrumbaba.

8

-¡ Lucas! ¡Lucas! -Me puse de pie de un salto. Me arrodillé junto al cuerpo tembloroso de Lucas. -¡Socorro! -grité-. Que alguien lo ayude. -Agarré a Lucas de los hombros para impedir que su cuerpo siguiera estremeciéndose.

No sirvió de nada. Cuanto más fuerte agarraba a Lucas, más fuertes eran los espasmos.

-¡Idiota! -gritó Kevin.

-¡No lo llames idiota! -grité-. ¿No ves que está sufriendo?

-Tú eres el idiota -dijo señalándome. Entonces soltó una carcajada.

Lucas también se echó a reír.

Solté los hombros de Lucas.

-Muy divertido -dije sentándome otra vez-. Son muy graciosos. -Con la mirada recorrí la clase. Todos mis compañeros se reían.

-Oh, vamos -dijo Lucas-. Kevin me contó lo que te había pasado esta mañana. Alegra esa cara. Sólo era una broma. Admítelo, ha sido divertido.

No podía creerlo. Estaba seguro de haber electrocutado a Lucas. Supongo que era muy divertido. Incluso conseguí reírme un poco cuando volví a pensarlo. Y comencé a sentirme un poco mejor.

Y luego llegó la hora de comer.

Y las cosas empeoraron.

Y empeoraron mucho.

Cuando sonó el timbre señalando la hora de comer, todos los niños metieron los libros en el pupitre y corrieron a la cafetería. A pesar de no haber desayunado, no tenía nada de hambre. Recogí mis cosas lentamente.

-Vamos, Sam -me llamó Kevin desde la puerta del aula-. Date prisa o seremos los últimos. ¡Y nos quedaremos sin papas fritas!

A Kevin le encantan las papas fritas. Todos los días se come tres bolsas en el almuerzo.

-Ve adelante -le respondí-. No tengo mucha hambre.

-Todavía estás enfadado conmigo -dijo Kevin-. ¿No es eso? ¿Por la broma que te hice con Lucas?

-No -le aseguré-. Es sólo que no tengo hambre. Ve sin mí.

Kevin se encogió de hombros. Lo observé mientras se encaminaba a la cafetería.

-¿Sam? -La señorita Munson se asomó por la puerta del aula. -¿Te encuentras bien, Sam?

La señorita Munson es la nueva profesora de arte de Shadyside. Antes daba clases en el jardín de infantes ABC de Shadyside.

La primera tarea que nos dio este año en clase de arte fue pintar la bandera norteamericana... con los dedos. Supongo que la señorita Munson todavía no está acostumbrada a dar clases en una escuela secundaria.

-¿Hoy no vas a almorzar? -me preguntó la señorita Munson.

-No tengo hambre -le respondí.

-¿No estás enfermo, verdad? -preguntó.

-No. Sólo que no tengo hambre -insistí.

-¿Estás seguro? -preguntó.

No sabía si se refería a si estaba seguro de no tener hambre o a si estaba seguro de no estar enfermo, pero de todos modos asentí con la cabeza.

-¡Bien! -exclamó-. Necesito tu ayuda. ¡Sígueme!

Seguí a la señorita Munson hasta el vestíbulo, donde había pegado en la pared una gran pancarta. ¡LA ESCUELA SECUNDARIA DE SHADYSIDE DE LA BIENVENIDA AL OTOÑO!, se leía en grandes letras de molde.

-He recortado estas bonitas hojas de papel. -La señorita Munson señaló un montón de hojas de colores que había en el suelo. -Pero no tengo tiempo de pegarlas en la pancarta. ¿Podrás pegarlas?

-Claro -respondí.

-Maravilloso -canturreó la señorita Munson. Me dio un pincel y un gran tarro de mayonesa lleno de engrudo. -Si me necesitas estaré en el aula de arte, recortando los sombreros de peregrino para el Día de Acción de Gracias. Vas a estar precioso con un sombrero de peregrino.

Mientras la señorita Munson se alejaba por el pasillo, destapé el tarro. Metí el pincel y unté con engrudo la parte de atrás de una hoja de color rojo.

Pegué la hoja en la pancarta. La apreté unos segundos. Entonces me aparté un poco. ¡Vaya! Me había quedado muy bien.

Unté con engrudo el revés de una hoja dorada. El olor del engrudo me llenó las fosas nasales. A decir verdad, no olía demasiado bien.

Como pueden imaginar, olía a engrudo.

Pero tenía que probarlo.

Me llevé el pincel a los labios.

"¿Vas a comer engrudo? ¿Qué te pasa?"

Bruscamente dejé caer el pincel en el tarro. Inhalé profundamente... y volvió a llegarme el olor del engrudo.

Me quedé mirando el tarro.

"Probaré sólo un poco", me dije. "Sólo un poco."

Levanté el pincel del tarro.

"Buah. Espera un momento", me ordené. "¿Qué estás haciendo?"

Es decir, si me estuviera muriendo de hambre, quizá comería engrudo. Quizá. Pero tendría que tener mucha hambre.

Pegué la hoja dorada en la pancarta. A continuación tomé la siguiente hoja del montón y le puse pegamento.

Pegué muchas hojas más. Estudié la pancarta. "Un trabajo muy bien hecho", me dije. "Bonito de verdad."

Miré a un extremo y otro del pasillo, buscando a alguien que admirara mi obra.

Nadie a la vista.

Mmmm. Nadie a la vista.

Tomé un grumo de engrudo... y me lo llevé a la boca.

Me lo tragué.

Tenía un sabor asqueroso.

Pero lo hice otra vez.

Tomé otro grumo, esta vez más grande, y me lo tragué.

Tomé y tragué. Tomé y tragué.

Y cada vez agarré trozos más grandes. Y me los fui metiendo a puñados en la boca.

Me chupé los dedos.

Me llené la boca con más y más engrudo.

Se me pegaba a los dientes y se me salía de la boca.

No podía parar de tragar.

Hasta que oí una voz detrás de mí que chillaba:

-¡Sam! ¿QUÉ ESTAS COMIENDO?

9

Me di vuelta.

-Sam. -Kevin me miraba con incredulidad. -¿Qué estás haciendo?

El corazón se me aceleró.

Bajé la mirada a la palma de mi mano. En el medio había un grumo de engrudo.

Levanté la mano... y me metí el engrudo en la boca.

-¡Sam! -chilló Kevin-. ¡Basta!

Empecé a sentir un sudor frío.

Quería parar, pero no podía. Me metí otro puñado de engrudo en la boca.

Kevin me miró con asco. De un tirón me quitó el tarro de las manos. Intenté volver a agarrarlo.

-¿Por qué comes engrudo? -me preguntó Kevin.

-Creía... creía que era mayonesa -dije sin pensar.

Kevin puso los ojos en blanco.

-Muy bien, sabia que era engrudo. -Nervioso, cambié de pie de apoyo. -¿Y qué? Muchos niños comen engrudo.

-¡No cuando ya has pasado el jardín de infantes, Sam! -exclamó Kevin.

-Bueno, tenía hambre -mentí-. Y era demasiado tarde para ir a la cafetería.

Kevin se quedó mirándome, dudando entre si creerme o no. Pude adivinar que no me creía, pero me devolvió el tarro.

-Vamos -dijo, evitando mi mirada-. Llegaremos tarde al gimnasio.

Devolví el tarro de engrudo al aula de arte. A continuación nos dirigimos al gimnasio. Mientras nos poníamos la ropa de deporte, me di cuenta de que Kevin me lanzaba miradas furtivas y negaba con la cabeza. No volvió a mencionar el engrudo, pero sabía que no lo había olvidado.

Yo, desde luego, no lo había olvidado. Mientras me ataba los cordones de las zapatillas comencé a temblar.

"¿Me he comido medio tarro de engrudo? Y no podía parar. ¿Qué me está pasando?"

-Muévanse, muchachos. ¡Hoy subiremos las gradas corriendo! Todos fuera del vestuario. ¡AHORA! -La voz del señor Sirk interrumpió mis pensamientos. El señor Sirk es el profesor

de gimnasia. Hace muchas pesas... y se le nota. Camina sacando pecho para exhibirlo. A mí no me importa. Si fuera como el señor Sirk, yo también sacaría pecho.

Entré corriendo en el gimnasio. Me encanta subir las gradas corriendo. Soy el mejor de la clase. Podría pasarme el día subiendo y bajando las gradas.

-La semana pasada ya hicimos ese ejercicio dos veces -se quejó Chris Hassler.

-Y esta semana lo repetiremos dos veces más -anunció severamente el señor Sirk.

-¿No podríamos jugar al fútbol? -preguntó Zack Pepper.

-Todavía no están en forma -replicó el señor Sirk-. Tienen que perder los rollitos que engordaron este verano. Y para eso lo mejor es subir las gradas corriendo. Te pone en forma el doble de rápido que cualquier otra cosa.

Me gustaron sus palabras. Ese año quería ponerme en forma de verdad. Sabía que con unos músculos como los del señor Sirk y una cicatriz como la de Kevin parecería un tipo duro de verdad.

Zack y Chris refunfuñaron, pero no discutieron. No tenía sentido discutir con el señor Sirk. Jamás cambiaba de opinión.

-¿Preparados, chicos? -gritó el señor Sirk.

-¡Preparados! -gritamos todos.

-¡Adelante! Todos fuimos a la carrera hacia las gradas. Uno, dos, tres, cuatro. Subí las cuatro primeras filas y me puse primero enseguida.

Cinco, seis, siete, ocho. Ningún problema. ¡Volaba! Oía a los demás chicos detrás de mí, bufando y resoplando. Pero yo seguía más que fresco.

Cuando llegué arriba, me di vuelta y miré hacia abajo. Los demás chicos subían con mucho esfuerzo. Bajé como un cohete. Como siempre, llegué antes que los demás.

-¡Bien por Kinny! -gritó el señor Sirk-. ¡Dos carreras más!

"Dos carreras más. Ningún problema. La semana pasada subí y bajé seis veces y ni siquiera sudé."

Comencé a subir de nuevo mientras los demás bajaban. Pero cuando llegué a la tercera fila comenzó a faltarme el aire.

Subí dos filas más y el corazón se me aceleró en el pecho. Subí más y más. El sudor me caía en los ojos.

Los demás comenzaron la segunda carrera.

Unos cuantos me pasaron. ¿Qué estaba sucediendo? Nadie me había pasado jamás.

Con esfuerzo hice dos filas más, con las manos en los flancos y jadeando.

-Kinny, ¿te encuentras bien? -preguntó el señor Sirk.

-Sólo estoy recuperando el aliento -respondí. Me sequé el sudor de los ojos. A continuación salté a la fila de arriba... y me flaquearon las piernas.

Conseguí ponerme de pie, pero las rodillas no paraban de temblarme.

"¿Qué me pasa hoy? Esto jamás me había ocurrido."

El corazón se me desbocó.

Intenté calmarme, pero no pude. Me vi a mí mismo masticando el sándwich de esponja y tragando engrudo. Tragando engrudo... sin poder controlarme.

-¡Kinny! ¿Qué esperas? -me gritó el señor Sirk.

Cuando di media vuelta me temblaban las piernas.

“ ¡Concéntrate!", me ordené. "Basta de pensar y corre.”

Miré hacia abajo, a las largas hileras de gradas del gimnasio.

Intenté aclararme las ideas.

Levanté la pierna para dar el primer salto... y todo el gimnasio comenzó a dar vueltas.

-¡Nooooo! -grité, y fallé a la hora de poner el pie en la grada siguiente.

Caía. Caía.

No había manera de parar.

Lo siguiente que recuerdo es que el señor Sirk estaba inclinado sobre mí.

-¡Kinny! ¿Te encuentras bien?

-Uf, uf. -Asentí, intentando ponerme de pie. -¿Qué... qué ha pasado?

-Al parecer resbalaste -contestó el señor Sirk-. Kevin, que estaba subiendo, impidió que cayeras.

Kevin me miró de una manera extraña... como si no me conociera.

-Normalmente eres capaz de subir y bajar media docena de veces -prosiguió el señor Sirk-. ¿Qué te ha pasado?

-No lo sé -respondí perplejo-. Ojalá lo supiera, de verdad. Ojalá lo supiera.

10

Cuando terminaron las clases, Kevin y yo volvimos a casa juntos.

-¿Qué te pasa hoy? -dijo Kevin. -¿A qué te refieres? -pregunté un tanto incómodo.

-¿Cómo que a qué me refiero? -contestó-. Ya sabes a qué me refiero.

-¡Eh, chicos! ¡Esperen! -Era Lissa, que venía corriendo detrás de nosotros.

-Sam, tienes que pasar por nuestra casa antes de ir a la tuya -dijo Lissa, sin aliento-. Tienes que ver nuestro nuevo golpe de karate. ¿Verdad, Kevin?

-Desde luego -asintió Kevin-. Tía Sylvie dijo que la noche pasada se contactó con el espíritu de Bruce Lee. También dijo que él le enseñó uno de sus increíbles golpes. Entonces ella nos lo enseñó. Tía Sylvie es una karateca fabulosa. Quizá te lo enseñe a ti.

-¿No podría verla mañana? Le prometí a mamá que iría directamente a casa y la ayudaría a ordenar el sótano -mentí. Las piernas aún me flaqueaban, quería irme directamente a casa y no sentía el menor deseo de ver a tía Sylvie.

-Muy bien -dijo Lissa-. Pero no te olvides. ¡De verdad que tienes que ver ese golpe!

-Claro -dije mientras doblaba la esquina hacia mi casa-. Mañana.

Cuando entré en casa, volví a sentirme el mismo de siempre. Las piernas estaban más firmes, y me volvió el apetito... mi apetito normal, de comida de verdad.

-¡Mamá! -grité-. Estoy en casa.

Nadie respondió.

-¡Mamá! ¡Estoy en casa! -grité más fuerte-. Tengo hambre.

Ninguna respuesta.

-¡No he comido nada en todo el día, mamá! -grité.

No había razón alguna para contarle lo del engrudo. ¿Verdad?

Verdad.

De todos modos, tampoco podía. Mamá no estaba en casa.

Dejé la mochila sobre la mesada de la cocina y abrí la heladera. Pan de centeno, jalea de uva, chauchas que habían sobrado. Investigué los compartimentos y agarré dos huevos duros.

Me senté a la mesa de la cocina y separé la clara de la yema. En la silla que había a mi lado se encontraba la nueva muñeca de mamá: la más grande que había hecho hasta ahora. Era más alta que yo, y tenía el pelo rojo y pecas. Casi estaba terminada, y sólo le faltaban los ojos.

"A que sé dónde ha ido mamá , me dije. "A buscar unos ojos para la muñeca."

Me llevé un trozo de clara de huevo a la boca... y lo escupí. Era amargo... y arenoso. Incluso me pareció que me había raspado la lengua.

Se debía de haber pegado algo de cáscara, reflexioné mientras lo tiraba a la basura. Un huevo podrido con la cáscara pegada... buah.

Mordí el segundo huevo. ¡Beeeh! Era incluso peor que el primero. Agrio y viscoso.

¿Qué estaba pasando?

¿Por qué la leche me parecía agria? ¿Y también los copos de trigo? ¿Y ahora los huevos?

Mi estómago dejó escapar un sonoro rugido de queja.

Me moría de hambre.

Tenía que encontrar algo de comer que no tuviera un gusto horrible.

Volví a buscar en la heladera... y nada.

Revolví la despensa. Sopa de lata. Galletas. Copos de maíz. Chocolatines. Atún.

Decidí esperar a que volviera mamá. Le pediría que me preparara una gran fuente de macarrones con queso.

Mi estómago dejó escapar otro sonoro rugido.

Para dejar de pensar en comida decidí concentrarme en los deberes. Busqué en la mochila mi deber de inglés. Tenía que leer tres capítulos de Johnny Tremaine. La señorita Hartman iba a tomarnos un examen al día siguiente.

Abrí el libro. La historia transcurre en Boston, durante la Guerra de la Independencia Norteamericana. Me encanta leer estas cosas, así que me sumergí en el libro. Cuando llegué a la parte más apasionante, aquella en que Johnny se quema las manos, oí unos ruidosos lametones.

Miré al otro lado de la cocina. Fred estaba devorando su comida para perro .

-¡Eh, Fred! ¿Podrías no hacer tanto ruido?

Fred levantó la cabeza de su bol y se quedó mirándome. De la boca le cayó baba y comida para perros.

-Fred, eso es asqueroso -le dije. Fred meneó la cola.

Regresé a la lectura.

Slurp.Slurp.

-¡Fred, por favor!

Fred volvió a levantar la mirada, a continuación hundió de nuevo la cabeza en el bol.

Slurp. Slurp.

El sonido de los lengüetazos de Fred me daba náuseas.

Me levanté de un salto y le quité el bol.

-Vete al living. Ve a la ventana y espera a mamá. -Señalé la puerta principal.

Fred ni se movió.

-¡Vete!

Fred se inclinó lentamente sobre su bol.

Me agaché y se lo puse más lejos... y agarré un poco de comida.

Olía bien... la verdad que muy bien.

Mi estómago comenzó a quejarse. Fred aguzó las orejas cuando lo oyó... entonces se alejó de mí.

Observó cómo me ponía en cuatro patas.

Observó cómo acercaba la cabeza a su bol.

Avanzó hacia mí, intentando apartarme de su comida.

Lo aparté de un empujón, y él comenzó a gruñir.

Intentó apartarme de nuevo.

Le di otro empujón.

Bajé la cabeza, cada vez más cerca de la comida, respirando su aroma. Ese olor increíblemente delicioso.

Y entonces me sumergí de cabeza en el bol. Saqué la lengua y comencé a lamer aquellos jugosos trozos de carne.

“¡BASTA!, gritó una voz en mi interior. "¿QUÉ ESTAS HACIENDO?"

Me puse de pie de un salto y me lancé sobre

la silla.

"¡No puedo creerlo! Casi me como la comida de Fred", pensé horrorizado. Me vi a mí mismo inclinado sobre el bol de Fred, y me vino una arcada. "¿Qué me pasa? ¿Cómo se me ha podido ocurrir tragar esa comida para perros?"

Slurp. Slurp.

Fred había regresado a su bol.

El olor a comida para perros flotaba hasta mis narices mientras él comía.

Ese olor tan delicioso.

Me aferré a la mesa con las dos manos, obligándome a seguir sentado. Apretaba tan fuerte que los nudillos se me pusieron blancos.

Fred lamía cada vez más fuerte.

Yo tenía cada vez más hambre.

Quería esa comida para perros.

Tenía que comerme esa comida para perros.

La quería ahora.

-¡No! ¡No! INOOO! -grité una y otra vez-. ¡No me comeré esa comida para perros!

Seguí aferrado a la mesa hasta que Fred terminó de comer. Entonces aflojé las manos, que comenzaron a temblar. Me senté unos minutos sobre las manos para que pararan.

Inhalé profundamente, a continuación dejé salir el aire con lentitud.

"Ya te estás controlando", me dije. "No te has comido la comida para perros. Ahora vuelve a tu libro. Todo va bien."

Me obligué a concentrarme en las palabras. Fred se estiró en un rincón de la cocina, rascándose las picaduras de pulga.

-¡Eh, muchacho! -lo llamé-. ¡Siento haberte empujado!

Fred llegó con un trotecito y se tendió en el suelo, a mi lado. Lo acaricié con una mano y di vuelta la página de mi libro con la otra. Era otra de mis partes favoritas, la que habla de Paul Revere y la batalla de Bunker Hill.

Completamente concentrado en la historia, seguía acariciando a Fred y mordisqueando mi tentempié.

"Espera un momento", me dije. "¿Qué tentempié?" Busqué los huevos en la mesa. Entonces recordé que los había tirado.

Bajé la vista hacia la comida que tenía en la mano.

"Por favor, que sean chocolatines", recé mientras levantaba la mano lentamente.

Puse la mano justo delante de los ojos.

Me quedé mirando unas formas diminutas que había entre mis dedos.

. Las miré mientras agitaban sus diminutas patas.

-Noooo -me lamenté-. ¡Oooooh, no! ¡Pulgas!

11

-¡Estoy comiendo pulgas! -chillé.

Se me revolvió el estómago.

Me llevé una mano a la boca para no vomitar.. y sentí cómo una pulga me reptaba entre los dedos y me subía por la mejilla.

-¡Ajjj! -Le di un manotazo.

Pero algo me hacía cosquillas en la garganta. No, no era un cosquilleo. Era más bien una picadura.

-¡Oh, no! ¡Tengo una pulga en la garganta!

Tosí para expulsarla, pero sus afiladas patas se hundían cada vez más.

Subí corriendo al cuarto de baño.

Tomé el cepillo de dientes y me cepillé la garganta frenéticamente. Cepillé y cepillé hasta que dejé de sentir la picazón de las patas de la pulga.

A continuación me enjuagué y observé cómo la pulga caía por el desagüe.

Puaj.

Me cepillé los dientes. Me cepillé las encías. Me cepillé la lengua. Me cepillé el paladar.

No dejé de cepillar hasta que me irrité tanto la boca que ya no pude seguir.

"Tengo que decírselo a Kevin. No hay duda de que algo me está pasando. Kevin me ayudará a averiguar qué es."

Me dije que no tenía por qué contarle lo de las pulgas. Pero sabía que no tenía elección. Necesitaba ayuda... y pronto.

Marqué el número de los Sullivan. Tía Sylvie contestó.

-Diga.

-Soy Sam Kinny -dije-. ¿Está Kevin?

-¿Diga? ¿Diga?

-Soy Sam Mnny -repetí-. ¿Está Kevin?

-¿Diga? ¿Quién es? No le entiendo -dijo tía Sylvie.

"Debe de haber problemas en la línea", pensé. -Soy Sam Kinny -grité-. ¿Están Kevin o Lissa?

-Lo siento. No entiendo una palabra de lo que está diciendo -replicó-. Concéntrese. Intentaré leer su mente.

Colgué.

Volví a marcar con la esperanza de que atendiera Kevin.

-Hola. -Tía Sylvie otra vez.

"Quizás es dura de oído", me dije.

-Soy Sam -aullé-. ¿Está Kevin?

-¡Ayyy! -gritó tía Sylvie-. Me has destrozado el tímpano. ¡Qué modales! -Y colgó.

"Muy bien. De acuerdo. Llamaré una vez más y luego me rindo." Tía Sylvie tomó el teléfono antes de que acabara el primer pitido.

-Soy Sam Kinny -dije-. No quería lastimarla, sólo pretendía hablar con Kevin. Es importante.

-¡Más despacio! ¡Más despacio! ¡Por favor! -dijo tía Sylvie.

¿Más despacio?

¿A qué se refería... con más despacio?

-Soy Sam Kinny-repetí-. Quiero hablar con...

¡Caramba! Tía Sylvie tenía razón. Hablaba deprisa. Realmente deprisa.

Inhalé profundamente. Conté hasta cinco.

-Soy SamKinny.

¡Oh, no!

Volví a intentarlo.

-TengoquehablarconKevin.

Ahora ni siquiera yo podía entender lo que estaba diciendo.

-No estoy para bromas, jovencito -me regañó tía Sylvie-. No vuelvas a llamar. -Colgó con un fuerte golpe.

-¡Tsamny! ¡Tsamny! -repetí una y otra vez, intentando con todas mis fuerzas hablar más despacio. Pero sin resultado.

Me concentré en mis labios. Mi lengua. Procuré controlarlos.

-Soy Sam Kinn y quiero hablar con Kevin y Lissa.

Por mucho que lo intentara no había manera de hablar más despacio.

-Soy Sam Kinn y quiero hablar Kev y Lis. Soy Sam Kinn y quier ohabla reon Kev y Lis.

¡Oh, no! ¡No podía dejar de hablar!

Me entró un sudor frío.

-¿Qué voy a hacer? -parloteé-. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer qué voy a hacer?

Me tomé la mandíbula con las dos manos y la cerré.

Fui a mi cuarto y me miré al espejo que hay sobre la cómoda.

Muy lentamente aflojé la presión sobre la mandíbula.

-Qué.

Antes de que mi boca pronunciara otra palabra, volví a apretar la mandíbula con ambas manos.

"Muy bien. Tranquilo", me dije. "Ha salido bien. Sólo has dicho una palabra."

Volví a aflojar la presión.

-Qué.

Lo dije otra vez. A continuación apreté las mandíbulas.

Entonces aflojé.

-Voy.

Apretar. Aflojar.

-A.

Una vez más.

-Hacer.

12

-¿Qué voy a hacer.?

-¿Qué vas a hacer con respecto a qué, Sam? En cuanto mamá entró por la puerta, comencé a contarle lo que había ocurrido.

Procuré hablar despacio, y esta vez lo conseguí.. Como si, fuera el Sam de siempre. Le conté que había intentado hablar por teléfono y que no conseguía hablar despacio. Y que finalmente tuve que apretarme las mandíbulas.

Me senté en la silla de la cocina, y mamá se inclinó sobre mí, con el entrecejo arrugado de preocupación.

-¿Cuándo comenzó exactamente todo esto? -preguntó.

-Hace más o menos una hora -respondí.

-¿Duró mucho? -preguntó.

-No, no demasiado. -Negué con la cabeza.

-¿Recuerdas si sudabas? -preguntó.

Intenté recordar si sudaba.

-No -respondí-. No sudaba.

Mamá me tocó la frente.

-Mmm. La temperatura es normal. No tienes fiebre.

-¿Qué crees que me ocurre? -pregunté, nervioso.

Mamá se sentó a mi lado y sonrió.

-No creo que te pase nada. -Me acarició la mano. -Quizás has comido algo que te ha caído mal...

Algo que comí.

Engrudo, por ejemplo.

O pulgas.

'Ni hablar”, me dije. "Ni el engrudo ni las pulgas me harían hablar de ese modo."

¿Y las esponjas?

No. Tampoco podían ser las esponjas. Tendría que ser algo más raro.

Mucho más raro...

Como esos pequeños granitos negros, los que tía Sylvie añadió a mi budín de arroz.

¡Esos granitos negros que me quemaron la boca y me provocaron aquella oleada de calor!

44 ¡Eso es!", me dije.

"Tía Sylvie es la responsable."

¿Por qué no se me había ocurrido antes? Recordé lo que dijo tía Sylvie después de que Lissa le contara que yo sólo comía alimentos de color blanco: "Debes comer otras cosas".

Y entonces metió esos horribles granitos en mi postre. Los que ella no comía. Y a partir de ese momento comenzaron a pasar todas esas cosas tan demenciales.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

Tía Sylvie es una experta en hechicería. Eso me dijeron Kevin y Lissa.

"¡Esos granitos negros deben de formar parte de un hechizo! ¡Un hechizo diabólico!"

"Tengo que hablar con Kevin. ¡Le contaré que tía Sylvie me ha echado una maldición con esos granitos! ¡Tengo que decírselo enseguida!"

Comencé a caminar hacia la puerta principal; enseguida me detuve.

No podía ir a casa de Kevin. Tía Sylvie estaba allí, y no era un lugar seguro. Y tampoco quería llamar por teléfono.

"Esperaré hasta mañana", decidí. "Se lo contaré durante el almuerzo."

Al día siguiente, en la escuela, miraba el reloj a medida que pasaban los segundos. Aquella mañana parecía no acabar nunca. No podía concentrarme en nada, ni siquiera en el examen sobre Johnny Tremaine. Probablemente no aprobaría. Pero no me importaba.

Lo único que me preocupaba en ese momento era hablar con Kevin... y averiguar cómo podía librarme de la maldición de tía Sylvie.

Cuando sonó el timbre, salté de la silla y aferré a Kevin.

-¡Apúrate! ¡Tenemos que ir a la cafetería enseguida!

-¡Muy bien! -Kevin lanzó el puño hacia lo alto y lanzó un grito de alegría. -¡Papas fritas, allá vamos!

Cuando llegamos a la cafetería, intenté que Kevin se sentara, pero insistió en que primero quería servirse papas.

Le guardé una silla y lo esperé. Abrí mi almuerzo, pero fui incapaz de comer. Estaba demasiado nervioso. Me refiero a que estaba a punto de decirle a Kevin que su tía era un ser diabólico. Que me había echado una maldición. ¿No estarían nerviosos si tuvieran que decirle eso a su mejor amigo?

“ ¿Por qué tarda tanto?", me pregunté. Lo busqué entre los que hacían cola en la barra, pero sólo vi a Lissa. Me saludó con la mano, luego se acercó y se sentó a mi lado.

"Ahora tendré que contarles a los dos lo de tía Sylvie", me dije. Eso me puso aún más nervioso.

-¿Cómo es que no comes? -Lissa pegó un buen bocado a su sándwich de manteca de maní y jalea.

-No tengo hambre -mentí mientras Kevin se sentaba a mi lado con tres bolsas de papas.

-Escuchen, tengo algo muy importante que decirles.

Kevin abrió la primera bolsa de papas.

-Adelante, habla -dijo, comenzando a masticar.

Contarles eso a Kevin y Lissa iba a ser más duro de lo que creía.

-Bueno, mm, ayer, después de las clases, me pasó algo raro.

-¡Vaya! -Lissa levantó la mirada de su sándwich de manteca de maní y jalea. -A nosotros también nos pasó algo raro.

-¿Ah, sí? -pregunté.

Quizá tía Sylvie también les había echado una maldición. Quizá todo sería más fácil de lo que pensaba.

-Sí -dijo Kevin-. Después de las clases Lissa y yo nos cambiamos de ropa para ir a dar una vuelta por el bosque. Cuando nos reunimos en el vestíbulo llevábamos exactamente lo mismo. Suéter negro, jeans negros desgarrados y medias rojas.

-Y nuestros jeans estaban rotos exactamente en el mismo lugar. ¿Es raro, eh? -añadió Lissa.

-Mm, sí -dije-. Muy raro. Pero a mí me pasó algo más raro. Comenzó hace un par de días...

-Necesito otra bolsa de papas. -Kevin se levantó de un salto y se dirigió hacia la fila en la barra. -Vuelvo enseguida.

Tamborileé nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

"Vamos, Kevin. Date prisa. Tengo que contártelo. Tenemos que saber qué hacer antes de que ocurra algo peor."

Kevin regresó con otra bolsa de papas.

-Muy bien. ¿Qué comenzó hace un par de días? -preguntó.

Respiré profundamente. "Allá voy', pensé.

-Hace un par de días comenzó a pasarme algo demencial... y es por culpa de...

-¡Tía Sylvie! -gritó Lissa.

-¡Sí! -chillé.

-¡Hola, tía Sylvie! -Lissa saludó a alguien que estaba detrás de mí.

Una mano hostil me apretó el hombro con fuerza desde atrás.

La mano hostil de tía Sylvie.

-Hola, chicos. -Tía Sylvie dirigió una sonrisa afectuosa a Kevin y Lissa. A continuación dirigió su mirada hacia mí... y entrecerró los ojos. Me lanzó una mirada severa.

-Tía Sylvie, qué vestimenta más elegante -exclamó Lissa.

-Oh, gracias -replicó tía Sylvie. Dio una vuelta para mostrar su atuendo. Llevaba una especie de vestido de patinadora verde pastel, con un cinturón de piedras de fantasía de color púrpura oscuro y unas medias de un púrpura vivo.

En el pelo gris lucía una rutilante diadema también de fantasía, cuyas piedras eran muy parecidas a las del cinturón.

-Iba a la pista de patinaje -explicó-. Tengo que practicar el tirabuzón y la voltereta. ¡Me encanta el patinaje artístico!

-¿Y por qué has venido? -preguntó Kevin. Tía Sylvie hundió aún más sus dedos en mi hombro.

-Tengo algo para Sam. -Me entregó una bolsa de papel marrón cerrada. -Algo para rematar el trabajo.

-Oh, noooo -me lamenté.

-¿Qué trabajo? -preguntó Lissa.

-Oh, Sam lo sabe -replicó.

Me quedé mirando a tía Sylvie.

Una sonrisa malévola le cruzó los labios.

-¡Abre la bolsa, Sam! -me instó Lissa-. Quiero ver lo que hay adentro.

-La... la abriré más tarde -tartamudeé.

-Dale -se quejó Kevin-. No quiero esperar, ábrela ahora.

-De acuerdo -refunfuñé.

Puse la bolsa sobre la mesa

La abrí.

Entonces miré en su interior.

13

-¡Aaaa! -Tiré la bolsa al suelo.

-Muy divertido. -Lissa puso los ojos en blanco.

-Basta de tonterías -dijo Kevin-. Muéstranos lo que hay adentro.

Antes de que pudiera impedírselo, Lissa se agachó y agarró la bolsa del suelo.

-¡No mires! -grité-. ¡No quiero que veas lo que hay adentro!

-Sam, cálmate. -Tía Sylvie hundió los dedos aún más en mi hombro. -Hoy pareces un poco nervioso. -Entonces me dirigió una risa burlona.

Lissa colocó la bolsa sobre la mesa.

-Vamos a ver... -dijo, abriéndola.

-¡No! -Le quité la bolsa de un manotazo.

-Son un par de ojos. ¡Ojos humanos!

-No seas tonto. -Tía Sylvie rió entre dientes. Me quitó la bolsa. -Esos no son ojos.

Metió la mano dentro de la bolsa.

-¿Ves? Son piedras. Dos hermosas piedras azules.

-¿Para qué son? -preguntó Kevin.

-Son para la madre de Sam -contestó tía Sylvie-. Me la encontré ayer en el negocio de fantasías. Me dijo que estaba buscando unos ojos azules para la muñeca que estaba haciendo...

-La madre de Sam hace unas muñecas increíbles -interrumpió Lissa.

-Sí. Eso es lo que me dijo el dueño del negocio. ¡Bueno, le dije a la madre de Sam que ya no tenía que buscar más! Que había conseguido las piedras azules más bonitas del mundo -en mi último viaje a Borneo. Perfectas para servir de ojos. ¡Y aquí están!

Tía Sylvie me devolvió la bolsa.

La tomé con mano temblorosa.

-Sam, ¿te encuentras bien? ¿Por qué te tiembla así la mano? -preguntó tía Sylvie.

-Es que... últimamente no me encuentro muy bien -le contesté-. Desde la noche en que comí aquel budín de arroz.

Tía Sylvie se inclinó hasta quedar muy cerca de mí.

Su cara estaba a pocos centímetros de la mía. Me miró profundamente a los ojos. Y se quedó mirando, como si buscara algo.

-¡Ajá! Eso es -susurró-. ¡Sabía que ocurriría!

14

-¿Qué? ¿Que ocurriría qué? -Pegué un salto de la silla.

-¡Siéntate! -me empujó.

Colocó las dos manos sobre mi coronilla y comenzó a trazar círculos con los dedos. Pequeños al principio, luego más grandes.

-Ooooom -canturreó con voz profunda mientras apretaba mi cráneo con los dedos-. Ooooooom, ooooooom, ooooooom.

-¿Qué has visto, tía Sylvie? -preguntó Lissa-. ¿Qué has visto en los ojos de Sam?

-Demasiado yin. Poco yang -replicó.

-¿Y qué es eso?

-El yin es todo lo que es oscuro, frío y húmedo en la naturaleza. Y el yang es todo lo que es luminoso, cálido y seco -nos explicó-. Lo aprendí cuando estuve en China. Sam tiene demasiado yin. Le falta equilibrio. Pero no hay que preocuparse. Creo que lo he curado. Aprendí esta técnica de un viejo hechicero chino.

-¡Un hechicero! -De una sacudida intenté apartarme.

Tía Sylvie trazó los últimos círculos sobre mi cabeza.

-¡Dios mío! -Lanzó una mirada al reloj. -Voy a llegar tarde a mi clase de patinaje.

Contemplé a tía Sylvie salir de la cafetería.

"¿Por qué no pasó ella misma por casa para darle los ojos de la muñeca a mi madre? ¿Por qué me los trajo a la escuela?"

"Qué raro", me dije. "La verdad es que es muy raro."

¡Tenía que contarles a Kevin y Lissa lo de su tía ahora mismo!

-Algo me ocurre -comencé a decir-. Algo terrible.

Kevin y Lissa se quedaron mirándome, a la espera de que les explicara.

Agarré el pimentero que había en la mesa y quité la tapa.

-No van a creerme -proseguí-, pero tienen que hacerlo.

Kevin y Lissa asintieron.

Me puse un poco de pimienta en la mano.

-Comenzó la noche que cené en su casa.

-Sam, ¿qué estás haciendo? -Lissa observaba la palma de mi mano.

Me llevé la mano a la boca.

Lamí la pimienta que tenía en la mano.

-¡Sam! ¡Eso es asqueroso! -aulló Lissa.

Me llevé el pimentero a la boca y comencé a llenarme la garganta de pimienta.

-¡SAM! ¡Basta! -ordenó Kevin.

Yo quería parar.

-Intenté parar.

Pero no pude. No podía parar por mucho que lo intentara.

Kevin alargó el brazo y me quitó el pimentero de los labios de un manotazo. Hubo pimienta por todas partes.

-¡Devuélveme eso! -le chillé, intentando arrebatárselo.

Quería el pimentero.

Kevin lo mantuvo fuera de mi alcance.

Bajé la cabeza y lamí la pimienta que se había derramado sobre la mesa.

-¡SAM! -vociferó Lissa-. ¡BASTA!

-Quiero parar. ¡Pero no puedo! -chillé-. Eso es lo que intento decirles.

-¿Por qué no puedes parar? -preguntó Lissa.

-Porque estoy un poco alterado.

"¿Por qué he dicho eso? No era mi intención. ¿O sí?"

La pimienta me quemaba la garganta. Bebí un poco de leche.

-¡Necesito su ayuda! Son los únicos que pueden ayudarme.

-Te ayudaremos -dijo Kevin-. Pero tienes que contarnos qué te pasa.

-Sé que estoy actuando un poco alocadamente, y es porque estoy bajo...

-¿Bajo qué? -preguntó Lissa impaciente.

-¿Qué? -se hizo eco Kevin.

-Bajo la influencia de un pastor alemán caniche chino.

¿Qué?

¿Por qué había dicho eso?

¡De ninguna manera quería decir eso!

Kevin y Lissa soltaron una carcajada.

-Estoy bajo la influencia de un pequinés bóxer pastor terrier -dije.

"¡Oh no! ¿Qué está pasando? ¡Sé lo que quiero decir! ¿Por qué no me salen las palabras que yo quiero?"

Sonó el timbre que señalaba el fin de la hora del almuerzo.

-Tenemos que irnos, Sam. -Kevin y Lissa se pusieron de pie.

"¡Díselo! ¡Cuéntales lo de la comida para perro y las pulgas!"

El corazón se me aceleró.

Abrí la boca.

¿Me saldrían las palabras que yo quería?

Me concentré en lo que quería decir, y grité:

-¡Rin Tin Tin!

Kevin y Lissa recogieron sus libros.

-¡Bulldog! -grité.

¿Por qué no podía decir lo que quería?

Tenía que decirles que tía Sylvie me había echado una maldición con aquellos granitos negros.

“¡Por eso!", pensé.

“¡Por eso ha venido a la escuela! Sabe que he averiguado lo que me está haciendo. ¡Y no quiere que se lo cuente a Kevin y Lissa! Por eso ha venido a la escuela y ha pronunciado ese extraño canto sobre mi cabeza... para reforzar la maldición. ¡Para asegurarse de que no pueda contárselo a nadie... Nunca!"

15

- Doberman beagle perro de Terranova -grité, pero mi intención era contarles lo de tía Sylvie-. ¡Labrador schnauzer Lhasa apso!

-Sam -dijo Lissa-. ¿Por qué haces esto?

-¡Intento explicarles por qué! -grité. Pero todo lo que me salió esta vez fue: -¡Schnauzer galgo raza chancho!

-¡Basta! -Lissa negó impaciente con la cabeza.

-Pastor escocés ...

-Sam, basta. ¡Lo digo en serio! -Lissa me dio un fuerte golpe en el brazo.

-¡Auuu! -grité-. ¡Me dolió!

-Lo siento -se disculpó Lissa-. Pero tenía que hacerte parar.

-No tenías por qué pegarme tan fuerte -dije, frotándome el brazo-. Podrías haberme roto algo.

"¡Vaya! ¡Estoy hablando!"

-De acuerdo, y ahora basta de bromas -dijo Kevin-. Dinos lo que querías contarnos.

-No estaba bromeando -protesté-. Es parte de la maldición.

-¿Qué maldición? -preguntó Kevin.

-¡La que me ha echado tía Sylvie! -grité.

-¡Sam, estás realmente loco! -chilló Lissa.

-¡No es verdad!

Les conté a Kevin y Lissa lo de las esponjas. Le recordé a Kevin lo del engrudo y que me había pasado la corriente. Les conté que había estado a punto de comerme la comida de Fred.

Les conté que ayer me había dado por hablar muy rápido, tan rápido que ni yo entendía lo que decía.

Les conté que había comido pulgas.

-Y todo eso comenzó cuando tía Sylvie me puso aquellos granitos negros en el budín de arroz -concluí-. Antes estaba bien. Perfectamente.

-¡Pulgas! ¡Comiste pulgas! -Lissa puso cara de asco. -Es repugnante.

-Pero todos comimos budín de arroz -dijo Kevin-. Y a nosotros no nos ha pasado nada raro.

-No es cierto -le recordé-. Yo fui el único que probó el budín. Luego tía Sylvie tiró los granitos por el desagüe. Recuerda que ella ni siquiera los probó. Simplemente los tiró. Luego todos comimos helado.

1 -¿Y por qué tía Sylvie iba a echarte una maldición? -preguntó Kevin.

-¡Porque no le gustan los mañosos con la comida! -expliqué.

-Eso es ridículo -dijo Lissa.

-¿Entonces cómo explicas lo que me ha estado ocurriendo? -pregunté.

-No lo sé, pero no es culpa de tía Sylvie -replicó.

-¡Lo es! -insistí, totalmente frustrado-. Tía Sylvie me echó una maldición. Tienen que creerme. -Di un fuerte manotazo sobre la mesa.

-Cuidado, Sam. Te has cortado -me dijo Kevin, mirando mi mano.

-¡Qué me importa la mano! -grité-. ¡Estoy bajo una maldición!

-¡Mírate la mano, Sam! -exclamó Kevin.

-¡Mira! -dijo Lissa, abriendo los ojos como platos.

Me miré la mano.

Salía sangre del corte y goteaba sobre la mesa.

Un grueso hilo de sangre.

De un vivo color azul.

16

-¡Sangre azul! -chillé-. ¡Tengo la sangre azul!

-¿Es... es de verdad? -tartamudeó Lissa.

-¡Por supuesto que es de verdad! -grité.

Tomé una servilleta de la mesa y la apreté contra mi mano. La servilleta se empapó y al instante se volvió azul.

-¿Por qué... por qué es azul? -preguntó.

-No sé por qué es azul -grité-. Algo... o alguien ha hecho que se vuelva azul.

Quité la servilleta de la mano y un grueso hilo de sangre azul salió a chorros del corte. Salpicó la remera amarilla de Lissa.

-¡Ehhh! -Retrocedió de un salto. -¡Límpiame esto!

Kevin tomó una servilleta e intentó secar la sangre de la remera de Lissa.

-¿Me creen ahora? -pregunté-. Algo raro me está pasando. ¡Algo realmente raro! Y comenzó cuando me comí esos granitos negros.

-No puedo creer que sea cosa de tía Sylvie -dijo Lissa-. Ella no le haría daño a nadie.

Kevin estuvo de acuerdo.

-Pero apuesto a que es capaz de descubrir lo que te pasa -dijo-. Sabe un montón de cosas increíbles. .

"Desde luego ", pensé. "Por ejemplo, cómo envenenar a la gente."

Me miré la mano. Seguía goteándome sangre del corte. Sangre azul.

-¡Me voy a casa! -les dije-. Tengo que encontrar a mis padres y decirles lo que ha pasado. Tengo que contárselo antes de que sea demasiado tarde.

Me puse otra servilleta en el corte y corrí hasta mi casa.

-¡Mamá! ¡Mamá! -la llamé desde la puerta principal-. Ven, rápido.

Fred se acercó a saludarme con su trotecito. Me husmeó la mano vendada y retrocedió.

-¡Mamá! ¿Dónde estás? Te necesito.

Mamá no estaba en casa.

Fui corriendo a la cocina a buscar el número de teléfono de la oficina de papá. Lo llamé, pero el hombre que contestó dijo que papá se había ido a almorzar.

"¿Qué voy a hacer ahora? No sé dónde está mamá. Ni cuándo volverá. No puedo esperar a que papá vuelva de almorzar.. no sé cuánto tiempo podré sobrevivir con la sangre azul."

-¡Un médico! Eso es... llamaré a un médico.

Busqué uno en la agenda de mamá.

Pero no encontré ni un solo médico... sólo el número del doctor Stone, el veterinario de Fred.

¿Ir al veterinario?

Sí. No tenía otra elección.

Salí corriendo de casa y me tropecé con Kevin y Lissa.

-¿Qué están haciendo aquí? -pregunté.

-Hemos venido a ayudarte -dijo Kevin-. ¿Dónde vas?

-Voy a ver al doctor Stone -dije.

-¿Dónde está Fred? -preguntó Lissa, buscándolo con la mirada.

-No... no voy a llevar a Fred. Voy a que me atienda a mí.

-¡Vas al veterinario! -gritó Lissa-. ¡Eso es ridículo!

-¡No sé qué otra cosa hacer! -vociferé-. Mamá no está en casa. Papá se ha ido a almorzar. No encuentro el teléfono de ningún médico. ¡Y aún tengo la sangre azul! -Alcé la mano y les mostré la sangre azul y seca.

-¡De ninguna manera! -protestó Kevin-. No irás al veterinario. Vendrás con nosotros.

-¡No iré a su casa! -exclamé.

-Algo te pasa, Sam -dijo Lissa-. Y tía Sylvie sabrá qué hacer.

-¡Ya ha hecho suficiente! -chillé.

-Podemos entrar a hurtadillas en su habitación y buscar en sus cosas. A ver si encontramos algo que hable de la maldición de los granitos negros -sugirió Kevin, poniendo los ojos en blanco.

Medité la idea durante unos segundos.

Quizá no fuera mala.

Quizás en la habitación de tía Sylvie encontráramos el remedio para la maldición.

Lo más probable era que el doctor Stone no supiera nada de la maldición de los granitos negros.

-Muy bien -dije-. Pero que ella no se entere de que estoy allí. Entraremos sin que nos vea.

Kevin y Lissa estuvieron de acuerdo.

Mientras caminábamos por Fear Strect, divisé un arce de bastante altura a escasa distancia de la esquina, en el jardín de los Knowlton.

Jamás había visto un árbol tan grande. Sus ramas se cernían sobre las casas vecinas.

-¿Cuánto hace que está ahí ese árbol? -pregunté.

-Quizás un millón de años.

Levanté la mirada y observé las hojas rojas y doradas que caían flotando al suelo.

-Me pregunto por qué nunca lo había visto antes.

-¿Por qué iba nadie a fijarse en un arce? -dijo Kevin-. Todos parecen iguales.

-¿Cómo es posible que nunca lo hayan visto? -preguntó Lissa-. Debe de tener diez metros de alto.

Me detuve junto a la verja de los Knowlton. Empujé la puerta y entré en el jardín. Me quedé mirando el suelo.

-Sam, ¿qué estás mirando? -preguntó Kevin.

-Las hojas -repliqué-. Parecen tan suculentas.

Me arrodillé... y comencé a llenarme la boca de aquellas hojas rojas y doradas.

Agarré del suelo puñado tras puñado. Me llené la boca de hojas. Estaban más secas que la arena, pero no podía parar.

-¡Sam! -gritó Kevin-. ¡Levántate!

-Tenemos que detenerlo, Kevin -gimió Lissa-. ¡Tenemos que hacer algo!

Me agarraron un brazo cada uno. Intentaron apartarme de las hojas.

-¡Déjenme! -grité-. ¡Tengo que comerme estas hojas!

Lissa me agarró la cabeza con una toma de karate y me apartó.

-Por favor, sólo una hoja más -supliqué-. Sólo una más.

-No le creas, Lissa -gritó Kevin-. Lo he visto comer engrudo. En cuanto empieza no puede parar. ¡Si lo sueltas, se comerá todos los árboles de Fear Street!

Lissa y Kevin me arrastraron hacia la acera.

Respiré profundamente.

-Gracias. Ya me encuentro bien -les dije.

-Muchacho, necesitas ayuda de verdad -dijo Lissa, negando con la cabeza-. Eso ha sido asqueroso, Sam. Realmente asqueroso.

Me saqué una hoja de entre los dientes.

-Lo sé -me lamenté.

Dimos unos pasos y pasamos justo por delante de mi casa.

Pensé en tía Sylvie.

En su risa burlona. En su diabólico canto.

Decidí irme a casa.

-Oh no, de ninguna manera. -Kevin me arrastró. -¿Se te ha olvidado que vamos a mi casa?

Kevin me tiró del brazo para que no entrara en casa. Pasamos junto al jardín de la señora Kowalski... y me lancé de cabeza. Directo a las flores de su jardín.

-Sam, por favor. ¡Basta de comer hojas! -gritó Lissa.

Nada de hojas, Lissa. Tierra. Una tierra húmeda, sabrosa y oscura.

Me tiré al suelo.

Ni siquiera me molesté en sacar la tierra con las manos.

Bajé la cabeza hasta el suelo y la lamí.

Una tierra deliciosa.

-oh, nooooo -gimió Lissa.

No le presté atención.

Aplasté la cara contra la tierra y di unos buenos lengüetazos.

Divisé un crisantemo. Un hermoso crisantemo amarillo. Partí el tallo y me metí la flor en la boca.

Y entonces vi una lombriz. Una lombriz grande y jugosa.

Abrí la boca y le acerqué mi lengua ávida. Me la metí en la boca. Sentía su cuerpo viscoso arrastrándose entre mis dientes.

La mordí.

Mmmmm. Tan húmeda. Tan sabrosa.

Volví a inclinarme a la búsqueda de otra... y de pronto todo se oscureció.

17

-¡Eh! ¿Qué pasa? -grité, agitando brazos y piernas.

-Quieto, Sam -me ordenó Lissa-. Sólo te he tapado la cabeza con mi campera. Es la única manera de pararte.

Me palpé la cabeza y percibí la campera de Lissa. Sí, era eso. Estaba diciendo la verdad.

Kevin y Lissa me guiaron por la acera, cuadra tras cuadra, mientras yo seguía cegado por la campera de Lissa.

-¿Te encuentras bien, Sam? -preguntó Lissa.

-No, no me encuentro bien. ¡Quítame esto de la cabeza! ¡Ahora!

-No creo que sea una buena idea, Sam -dijo Kevin-. Si te la quitamos, ya no podremos controlarte. Lo siento.

Supongo que no podía culparlos.

-Muy bien -dije-. De todos modos, con la campera cubriéndome la cabeza ya no tengo ganas de comer más tierra. Supongo que si no puedo verla, ya no quiero comérmela.

No podía esperar a llegar a casa de los Sullivan. Me moría de ganas de beber un vaso de agua que me'quitara el horrible y amargo sabor a lombriz.

Sabor a lombriz.

Puaj.

"No puedo creer que haya mordido una lombriz. Tengo que encontrar una solución en el cuarto de tía Sylvie", supliqué. "¡Tengo que encontrarla!"

-¡Muy bien, Sam! -Lissa me quitó la campera de la cabeza. Parpadeé ante la intensa luz del vestíbulo de los Sullivan.

Vi mi reflejo en el espejo del recibidor. Tenía el pelo lleno de barro. Y los labios, las mejillas y la nariz manchados de tierra. ¡Qué horror!

-¿Hay alguien en casa? -dijo Kevin.

-¿Qué haces? -Le tapé la boca con mi mano sucia. -Te he dicho que no quiero que tía Sylvie se entere de que estoy aquí.

Kevin me apartó la mano.

-Relájate. Sólo quiero asegurarme de que no está, eso es todo.

Tía Sylvie no respondió.

Ni nadie.

-Vamos. -Kevin nos empujó hacia la escalera. -Subamos al cuarto de tía Sylvie.

El cuarto de tía Sylvie era exactamente tal como lo recordaba. El jergón donde dormía en medio del dormitorio. La antigua máscara de hechicero y el parasueños indio todavía colgados en la pared. Cristales de todos los tonos y matices se alineaban en el tocador.

-¿Dónde miramos primero? -pregunté.

-Los libros -sugirió Kevin-. Quizás en uno averigüemos qué ha pasado.

Miré por toda la habitación.

-No veo ningún libro.

-Aquí dentro -dijo Kevin, abriendo la puerta del armario de tía Sylvie.

Kevin encendió la luz. Hileras de estanterías llenaban las paredes del armario.

Saqué unos pocos libros de un estante.

-Vamos, empecemos a leer. -Le entregué un libro a Kevin y otro a Lissa. -Quizás en alguno encontremos la maldición de los granitos negros.

Kevin leyó el título de su libro. Deje de susurrar: Cómo hablar con los muertos.

Y a continuación Lissa leyó el suyo: Hierbas y bayas.

El mío se titulaba La magia de las especias. -¡Eh! ¡Seguro que averiguaré lo que busco en el mío! -exclamé.

Fui pasando las páginas con avidez. Pero sólo encontré recetas para distintos males. Dolor de espalda persistente, sinusitis, tos seca. El libro tenía remedios para todas las enfermedades.

Comprendí que ahí no encontraría lo que buscaba. El libro explicaba cómo curar a la gente, no cómo hacerla enfermar.

Kevin y Lissa buscaron en las estanterías.

-¿Ven algún libro sobre venenos? -pregunté.

-Todavía no -contestó Lissa.

-¡Sigan buscando! -supliqué.

Recorrí el cuarto buscando una pista.

Me quedé mirando la máscara de madera.

Una máscara de hechicero de una antigua tribu de las montañas.

Recordé lo que Kevin y Lissá me habían dicho de ella. Al parecer podía expulsar los gérmenes del cuerpo de una persona enferma.

¿Pero cómo funcionaba? ¿Tenía que llevarla la persona enferma? ¿O tenía que llevarla un hechicero y recitar algún extraño canto?

No lo sabía, pero decidí intentarlo. Quizá me fuera de ayuda.

Con mucho cuidado, aparté la máscara de la pared.

Me la puse... y esperé.

Podía ver a través de los agujeros para los ojos. Y había un agujero en la boca para respirar.

Pero no notaba nada raro.

Con la máscara en la cara, seguí investigando por el cuarto. Pasé los dedos por las plumas del atajasueños, por los cristales de tía Sylvie, sobre el frasco de crema facial que había en el tocador.

Abrí el frasco y mojé los dedos en la crema. Entonces me chupé los dedos.

Mmmm. Era tan suave. Tan rica.

Tomé una buena cantidad y me la comí.

-¡Ahhhl -gritó Lissa.

Kevin se dio vuelta y se quedó mirándome.

-Es Sam, que se ha puesto la máscara. Tranquila, Lissa.

-No es la máscara, idiota -gritó Lissa-. Se está comiendo la crema facial de tía Sylvie.

Lissa y Kevin me arrojaron la campera sobre la cabeza.

-Sácalo de aquí antes de que se acabe el frasco -dijo Kevin.

Me sacaron a rastras del cuarto de tía Sylvie. Me llevaron por el pasillo y escaleras abajo. Cuando llegamos a la cocina, me soltaron.

Me quité la campera de la cabeza.

-Ahora tía Sylvie se pondrá furiosa -dijo Kevin-. Muy furiosa.

-Sí -dijo Líssa-. Esa crema tiene doscientos años de antigüedad. Nos dijo que contiene el secreto de la eterna juventud. Y era su último frasco.

-Su único frasco -Kevin corrigió a su hermana.

-¿Cómo pueden preocuparse por un tarro de crema? -chillé-. Tu tía es un demonio. ¡Me ha echado una maldición!

Pero Lissa no me escuchaba. Miraba algo que había a mi espalda, en la puerta de atrás.

Me volví y escruté el jardín.

Flores, árboles, arbustos, un banco de madera. Entonces la vi. Tía Sylvie.

Lissa me tomó la mano.

-Tienes que decirle a tía Sylvie lo que te ocurre. ¡Ella puede ayudarte! -suplicó.

-¡NO! -exclamé-. Nunca.

Lissa y Kevin me arrastraron hacia la puerta de atrás. Yo me resistí.

Tía Sylvie estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados.

Seis serpientes negras se le deslizaban alrededor del cuello, los brazos, las piernas.

Observé horrorizado aquellos animales que se retorcían en torno de su cuerpo, aquellas lenguas largas y puntiagudas que salían disparadas como flechas.

Tía Sylvie se balanceaba hacia adelante y atrás, en un profundo trance.

-Ondu... ondu... ondu -canturreaba.

Agitaba las manos sobre una gran olla de hierro en la que borboteaba un líquido marrón oscuro.

Entonces alzó una máscara del suelo. Una máscara de labios negros que se retorcían en una torva mueca. Se la colocó en la cara.

-¡Es una hechicera! -grité.

-Tía... tía Sylvie -tartamudeó Lissa-. ¿Eres una hechicera?

Tía Sylvie se apartó lentamente la máscara de la cara.

Sus ojos se abrieron en un parpadeo.

Se quedó mirándonos fijo.

-Sí, querida, lo soy.

18

Tía Sylvie se puso de pie lentamente, como impulsada por un extraño poder invisible para nosotros. Cantándoles en voz baja a sus serpientes, se balanceaba hacia adelante y atrás, apoyada en los talones.

Las serpientes que tenía en los brazos se le deslizaron por el tronco.

Tía Sylvie las acarició suavemente.

-Odru kan toka -les tarareó.

La serpiente que tenía alrededor del cuello agitó la cabeza en el aire. Sacó la lengua. Tía Sylvie le besó la coronilla.

-Odum ruba kantan -canturreó en voz baja-. Odum ruba kantan haroo.

-¿Qué estás diciendo? -tartamudeó Lissa.

-¡Sssst! -susurró tía Sylvie, llevándose un dedo a los labios-. Romperás el conjuro.

Con mucho cuidado, tía Sylvie se quitó las serpientes de los brazos y las piernas y las colocó en una cesta que había a su lado. Pero se dejó enrollada la serpiente que tenía alrededor del cuello.

-Muy bien, niños. -Se volvió hacia nosotros. -Ahora pueden preguntar lo que quieran.

-¿En... en qué idioma estabas hablando? -preguntó Kevin.

-En la lengua de los hechiceros. -Tía Syjvie sonrió y volvió a besar a la serpiente en la coronilla.

A continuación avanzó lentamente hacia mí.

-Sam, ¿te gustaría conocer a Rabia Wan? -me preguntó, acariciando la serpiente-. Creo que aún no la conoces.

Tía Sylvie se me acercó un poco más. Y todavía más. Hasta que quedó a muy pocos centímetros de mí.

Entonces agarró la serpiente... y me la acercó ala cara. La lengua salió disparada de entre sus dientes, rozándome casi la mejilla.

-Veo que aún estás un poco nervioso, Sam -dijo riendo tía Sylvie-. ¿Aún te tiemblan las manos? Quizá debería recitar otro cántico.

-¡No me toque! -dije retrocediendo-. ¡No se me acerque!

-¿De verdad eres una hechicera? -preguntó Lissa.

-Por supuesto que no soy una hechicera. -Esta vez, tía Sylvie rió aún más fuerte. -Pero en la tribu donde viví en Brasil creían que lo era. Les encantaba mi número de encantadora de serpientes. Lástima que a Sam no le guste. Siento haberte asustado, Sam.

-¿Sólo estabas actuando? -preguntó Kevin-. ¿No era de verdad?

-Oh, cualquiera puede aprender a hacerlo. -Tía Sylvie se quitó la serpiente del cuello y la echó en el cesto. -Me lo enseñó el mejor encantador de serpientes de Ceilán... con estas seis preciosidades. Son totalmente inofensivas.

-¡Ves, Sam! -Kevin se volvió hacia mí. -Tía Sylvie no es una hechicera. ¡Ella no te echó ninguna maldición!

-¡Sam! -exclamó tía Sylvie-. ¿Realmente creías que te había echado una maldición? ¿Cómo se te ocurrió pensar eso?

-Usted... usted me echó una maldición -dije casi sin poder hablar-. ¡Lo sé! Me echó una terrible maldición con esos granitos negros.

-¿Qué granitos negros? -Tía Sylvie fingía ignorar de qué le estaba hablando.

-¡Sí! Los granitos negros que escondió en mi budín de arroz -dije-. Desde que los probé, ya no puedo comer comida de color blanco. Tiene un sabor repugnante. A todo le encuentro un sabor repugnante ... menos a las lombrices, las pulgas y la tierra ...

-Sam -me interrumpió tía Sylvie-, ¿por qué iba a querer que comieras tierra?

-¡Porque está loca! ¡Porque no le gustan los mañosos! -grité.

-¡Qué tontería! -Tía Sylvie negó con la cabeza. -Pero quizá conozca un remedio para lo que te pasa. Deja que piense.

-¡Aléjese de mí! -chillé-. Sé lo que pretende. Ya a recitar otro de sus diabólicos cánticos para que yo no pueda hablar. ¡Para que no pueda decirle a nadie lo que me ha hecho!

Tía Sylvie negó con la cabeza.

-Pobre Sam -dijo-. Puedes decir lo que quieras. Pero me temo que nadie creerá una palabra.

-¿Puedes ayudar a Sam? -le preguntó Lissa a tía Sylvie-. ¿Tienes idea de lo que le pasa?

-Bueno, quizá se haya contagiado una alergia. He visto alergias con síntomas muy curiosos. 0 quizá le ha atacado un virus. -Tía Sylvie se volvió hacia mí. -Deberías ir al médico, Sam. No es prudente dejar que esto continúe. ¿Quién sabe lo que puede llegar a ocurrirse?

Me alejé corriendo de casa de los Sullivan.

Corrí tan deprisa como pude... antes de que tía Sylvie me echara otro de sus diabólicos conjuros.

Al doblar la esquina de mi cuadra, frené.

Algo me hizo frenar.

Algo les pasaba a mis pies... sentía un hormigueo. Di unos pasos... y también sentí el mismo cosquilleo en las manos.

Me miré los dedos... y me quedé boquiabierto. Se me estaban hinchando los dedos. Observé aterrado cómo se hacían cada vez más grandes. Ahora caminaba más deprisa.

El hormigueo se extendió a las muñecas y los brazos.

Los brazos también comenzaron a hincharse.

Tensaban la tela de la camisa.

Oí un sonoro desgarrón al romperse la tela delas mangas... que quedaron hechas trizas.

-¡Socorro! -grité-. ¡Que alguien me ayude! Se está extendiendo, ¡La maldición se está extendiendo!

19

Me arrastré hasta la puerta de mi casa.

Las costuras de los pantalones y las zapatillas se abrieron ante la presión de las piernas y los pies. Unas piernas y unos pies enormes.

-¡Mamá! ¡Papá! ¡Por favor, ayúdenme! -Me derrumbé en la puerta, sin aliento.

El auto de papá estacionó en la calzada. En cuanto me vio, saltó del auto y vino junto a mí.

-Papá, algo me pasa -gemí-. Mis brazos... mis piernas... ¡Voy a explotar!

Papá estudió mis brazos y mis piernas. Se le arrugó la frente de preocupación.

-No te preocupes, Sam. -Me ayudó a ponerme de pie y me llevó al living. -Todo se arreglará.

-No, papá, no se arreglará -dije-. No lo entiendes. He hecho cosas muy raras. He comido las cosas más repugnantes.

-¿A qué te refieres, Sam? ¿Qué has comido?

-Esponjas, hojas, engrudo, tierra, lombrices -le conté.

-¡Sam! -Mamá entró por la puerta principal y se quedó estupefacta al ver mi cuerpo hinchado. -¿Qué te ocurre? ¿Qué le pasa a Sam? -le preguntó a mi padre.

-¡Estoy a bunto de exblotar! -exclamé.

Mamá negó con la cabeza.

-¿Que estás a punto de qué, Sam?

Intenté decirle que estaba a punto de explotar. Pero se me hinchó la lengua. Ahora me llenaba la boca.

Papá me llevó por el pasillo hasta la cocina. Mamá lo siguió.

-El pobre Sam está aterrorizado -le dijo papá.

-¿Qué me está basando? -pregunté mientras mis brazos hinchados golpeaban las paredes del pasillo.

Papá me sentó en una silla de la cocina.

-¡Ough! -gritó. Se me había abierto el corte de la mano. -¡Nnngre nngre! ¡Me sale nngre, nngre!

-Mira -dijo mamá-. Se ha cortado. También está sangrando.

Papá me examinó la mano.

-¡Nngr! -chillé-. ¡Nngr, nngr!

-Cálmate, Sam. -Papá me acarició la cabeza. -Sé lo que hay que hacer para que te pongas bien. Vamos al sótano.

"¿Papá sabe lo que hay que hacer? ¿Cómo es que lo sabe? ¿Sabe cómo romper un hechizo?"

Intenté preguntarle, pero ya no podía hablar. La lengua se me salía de la boca, totalmente roja e hinchada.

-Apuesto a que ha comido algo que no debía... -comenzó a decir papá.

¡Sí! Asentí Curiosamente con la cabeza. ¡Eso es! ¡Eso es!

-Algo picante -prosiguió-. Debe de haberle provocado un cortocircuito en el sistema digestivo. Probablemente es lo que le ha hecho comer todas esas porquerías.

"¡Cortocircultos! ¿De qué está hablando papá?"

Mi padre me levantó y me sentó en su banco de trabajo.

-Un par de chips nuevos y estará como nuevo.

“¡Un par de chips nuevos! ¿Qué está pasando?"

Papá sacó su caja de herramientas de un estante.

-Una vez puestos, le ajustará el sistema digestivo.

Observé horrorizado cómo elegía un enorme destornillador de su caja de herramientas y se me acercaba.

"Qué va a hacerme?"

Mi madre negó con la cabeza.

-Debería haberle prestado más atención -dijo-. Debería haberme dado cuenta de lo que le estaba ocurriendo cuando me dijo que había tenido problemas para hablar.

-Oh, no es culpa tuya -dijo papá-. Estas averías son normales.

¡Averías!

Me volví hacia mamá, los ojos como platos de pavor. "¿De qué está hablando?" Intenté gritar. No me salían las palabras.

-Estaba tan alterado -suspiró mamá.

-En un momento quedará como nuevo -la tranquilizó papá-. Cuantas más cosas raras haya comido, más dañado estará el mecanismo: las facultades motoras, las del habla, todo.

-Supongo que eso explica que se hinchara -dijo mamá.

“¿De qué están hablando?"

-Oh, desde luego -dijo papá-. Pero voy a ponerle un nuevo sistema digestivo para que no le vuelva a pasar lo mismo.

Papá se me acercó un poco más.

Le sonrió a mamá.

-Se pondrá bien -dijo-. ¡Tu muñeca favorita volverá a la normalidad antes de la hora de acostarse!

20

-No voy a llevar ese estúpido sombrero de peregrino -se quejó Kevin durante el almuerzo, semanas más tarde.

-Tendrás que llevarlo -dije, dándole un bocado a mi comida-. O herirás los sentimientos de la señorita Munson. Además, no serás el único que tenga un aspecto estúpido. Todos tenemos que llevarlo.

-Eso parece. -Kevin se encogió de hombros.

-¡Hola, chicos! -Lissa se sentó junto a nosotros. -Eh, ésta es la cuarta bolsa de papas. -Señaló las tres bolsas vacías que había sobre la mesa. -Si comen más, explotarán.

-No creas -dijo Kevin-. He tirado mi sándwich. Hoy sólo comeré papas fritas como almuerzo.

Lissa desenvolvió su sándwich de manteca de maní y jalea, y dio un buen mordisco.

-¿Cómo te encuentras,Sam? Pareces estar mucho mejor.

-Lo estoy -dije-. Me siento mucho mejor. Tía Sylvie tenía razón. Debí de contagiarme un virus o algo parecido.

-¿De qué es tu sándwich? -preguntó Lissa, inclinándose sobre la mesa.

-De albóndigas -respondí-, con salsa de tomate y pan de centeno.

-¿Comes albóndigas? -Lissa levantó las cejas. -¿Con salsa de tomate y pan de centeno?

-Claro -dije-. ¿Qué tiene de raro? No soy yo el que día tras día come sándwich de manteca de maní y jalea. Soy como Kevin ... un chico común y corriente.

FIN